

La Ilustración

Gonçal Mayos

Diseño del libro y de la cubierta: Natàlia Serrano

Primera edición: diciembre de 2007

© Gonçal Mayos, del texto

© José Vicente Mestre Chust, del texto

© Editorial UOC, de esta edición

Rambla del Poblenou, 156

08018 Barcelona

www.editorialuoc.com

Realización editorial: MEDIAactive,S.L.

Impresión: Ediciones Gráficas Rey,

S.L.

Esta obra está sujeta –si no se indica lo contrario– a una licencia Creative Commons de Reconocimiento-No Comercial-Sin obra derivada 3.0 España. Puede copiar, distribuir y comunicar públicamente, siempre y cuando reconozca los créditos de las obras (autoría, Editorial UOC) de la manera especificada por los autores y la Editorial que la publica. No puede hacer uso comercial ni obra derivada sin el permiso del Editor y de los autores. La licencia completa se puede consultar en <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/deed.es>

Gonçal Mayos

Gonçal Mayos es profesor titular de Filosofía en la Universitat de Barcelona y consultor de la Universitat Oberta de Catalunya.

Web universitario: www.ub.es/histofilosofia/gmayos

Nuestro contrato

Este libro le interesará si quiere saber:

- Cuáles son las ideas y los pensadores básicos de la Ilustración.
- Cuál es el contexto histórico, social y político en el que se desarrolló.
- En cuántos períodos y momentos se puede distinguir su desarrollo.
- Qué interpretaciones más importantes se han dado.
- Qué papel ha tenido la Ilustración en la historia humana y cuál ha sido su legado.

Índice de contenidos

Nuestro contrato	5
Unas esperanzas comunes	9
QUÉ ES LA ILUSTRACIÓN	11
¿Una Ilustración eterna?	12
¿La Ilustración se pierde en la diversidad?	14
Un mínimo marco común.....	17
Ilustraciones.....	18
LOS INICIOS (1688-1723).....	21
Un gran cambio geopolítico	21
Los librepensadores.....	25
Relación con la alta cultura oficial.....	32
Más allá de una Ilustración burguesa y liberal.....	35
LA CONSOLIDACIÓN (1723-1750)	39
El despotismo ilustrado.....	39
Se impone la Ilustración francesa?.....	44
El entorno de Hume	44
El mundo germánico y otros países	44
TRIUNFO Y AUTOCRÍTICA (1774-1789).....	49
La expansión británica y rusa.....	49
La segunda generación ilustrada.....	52
EL INICIO DE LAS REVOLUCIONES (1774-1789).....	63
La independencia americana.....	63
El ideal del progreso indefinido	66

La revolución inapercibida	71
REVOLUCIÓN FRANCESA:	
ENTUSIASMO Y TERROR (1789-1806)	75
La inesperada radicalización.....	77
Las características de la Revolución	79
De Marat a Robespierre.....	82
Como acaba?	86
Bibliografía.....	91

Unas esperanzas comunes

Es evidente que la mayor parte de los pensadores y personajes que llamaremos “ilustrados” no pudo considerarse así. El término no se había creado; como mucho se hablaba de “luces” o se decía que había que “ilustrarse”. En medio de los múltiples conflictos y de las diversidades, era difícil imaginarse que había una actitud o perspectiva “ilustrada” común y, aún menos, que podía haber algo parecido a un “movimiento ilustrado”.

Sin embargo, tratando de dar respuesta a los problemas de su tiempo, muchos pensadores del siglo XVIII comenzaban a poner de manifiesto algo básico y común. Ciertamente, no había ninguna visión unitaria del pasado, ningún diagnóstico compartido sobre el presente ni tampoco ningún proyecto de futuro en el que todo el mundo coincidiese.

Si había alguna cosa común, nadie la asumía en todos sus aspectos; pero sí que había cierto aire de familia en las actitudes y las esperanzas, en los ideales, en lo que se rechazaba y en lo que había que cambiar, en las experiencias vividas y en la visión de la condición humana.

QUÉ ES LA ILUSTRACIÓN

Desde la distancia crítica y los numerosos estudios de aquella época, intentaremos definir con un poco de precisión qué fue la Ilustración. Seguramente no podremos destacar una definición única como pretendieron hacer los grandes estudiosos clásicos como, por ejemplo, Hegel en la *Historia de la filosofía* o en las *Lecciones de filosofía de la historia universal*.

Hegel vincula la Ilustración al proceso moderno que prioriza la reflexión racional del sujeto pensante humano, pero critica su abstracción, la unilateralidad y la frialdad analítica, dicotomizadora y que “solidifica las diferencias”. Es lo que impide —piensa Hegel— toda reconciliación o síntesis dialéctica y que tiene como consecuencia inevitable la violencia de la Revolución francesa.

Por su parte, Ernst Cassirer, en la *Filosofía de la Ilustración*, destaca la reformulación de la naturaleza misma de la filosofía. Recuperando la actitud filosófica más auténtica, la Ilustración evita caer ante “el espíritu de sistema” que quiere “encarcelar” todos y cada uno de los saberes, pero sin ser asistemática. Da gran importancia al análisis y la clasificación rigurosas, pero evita partir de principios metafísicos indemostrables. Así, prioriza las preocupaciones más vitales, dentro de una unidad de método, una mentalidad o una forma de pensar que hay que llamar “ilustrada”.

Paul Hazard, en *La crisis de la conciencia europea* y *El pensamiento europeo del siglo XVIII*, define la Ilustración como la época en la que explota el gran conflicto larvado durante mucho tiempo en contra del dominio total del cristianismo. Así, abre un conflictivo proceso de ruptura descristianizadora, secularizadora y desacralizadora presidida por la emancipación de la razón humana.

La crítica ilustrada va sobre todo en contra de la concepción religiosa de la vida, pero sin provocar ningún vacío pues los ilustrados eran tan críticos y destructivos del pasado como proyectadores y constructores del futuro. Por eso Hazard rechaza incluir en su análisis “a los apasionados y místicos” del siglo XVIII (que había muchos, reconoce) y también considera inevitable que la radical necesidad de renovación de los ilustrados acabase en una violenta revolución política y social.

¿Una Ilustración eterna?

No podremos considerar la Ilustración como una tendencia casi eterna y consustancial al hombre: algo que ya estaba presente muy atrás en la historia, pero que sólo cuajó o se convirtió en dominante en el siglo XVIII, hasta el punto que mereció el nombre de “siglo de las luces”.

No podremos seguir a Friedrich Nietzsche, que la ve triunfar en la constitución de la razón durante la significativamente llamada “Ilustración griega” del siglo V aC., y que tiene en el final de la tragedia ática (debido a Eurípides y Sócrates) el signo cultural más profundo.

Tampoco emularemos a Max Horkheimer y Theodor Adorno, que en *La dialéctica de la Ilustración*, saludan a Ulises como el primer hombre “burgués” y hacen de él un símbolo de la Ilustración. Para ellos la Ilustración, más que un momento histórico, es sobre todo la problemática esencial

del hombre actual y, también, de toda la historia humana sin excepción.

Con su razón instrumental y su voluntad de hacer al hombre amo del mundo, la Ilustración es el vector clave de Occidente y, por lo tanto, no han acabado aún sus profundas consecuencias ambivalentes (al mismo tiempo emancipadoras y peligrosamente totalitarias). Incluyen, por ejemplo, las guerras mundiales, el fascismo y Auschwitz, ya que, asombrosamente, “la humanidad en lugar de entrar en un estado verdaderamente humano [que ha sido siempre la promesa de la Ilustración], desembocó en un nuevo tipo de barbarie” y en una nueva mitología, especialmente cuando el proceso ilustrador pasó a ser monolítico y olvidó la autocrítica.

Peter Sloterdijk en la *Crítica de la razón cínica* también presenta una visión suprahistórica de la Ilustración, como una tendencia permanente en la humanidad que él encuentra muy vinculada a la corriente cínica del pensamiento occidental. También para Sloterdijk, la Ilustración tiene una oscura e íntima relación con los que en principio parecen ser sus enemigos irrenunciables, ya que “a sus triunfales ‘procesos de aprendizaje’ les siguen, como una sombra, catastróficos procesos de desaprendizaje”. Així Sloterdijk considera el actual triunfo del peor cinismo como una consecuencia directa (aunque indeseada) de la Ilustración: lo terrorífico que debía ser evitado surge de nuevo y lo hace desde dentro del remedio.

La desconfianza generalizada ha tendido a igualar los peligros y a provocar tal desorientación y cansancio, que la gente acaba abrazando el cinismo más acomodaticio. Esto obliga —piensa Sloterdijk— a que hoy no se pueda ser fiel a la Ilustración, si no es desde cierta infidelidad.

¿La Ilustración se pierde en la diversidad?

También deberemos ir más allá de interesantes interpretaciones pero demasiado unilaterales, ya sea en contra o a favor, como las de Lyotard o Habermas. Nosotros haremos un análisis más matizado, a pesar de que de alguna manera la Ilustración (como dice Lyotard en *La condición postmoderna*) es uno de los grandes macrorelatos modernos que la postmodernidad debe superar y que, por otro lado, también es cierto que la Ilustración, en cuanto parte esencial de la Modernidad, es un proceso aún inacabado y que reclama que se complete, como dice Habermas en *El discurso filosófico de la modernidad*.

Nos moveremos próximos a análisis más equilibrados, al mismo tiempo críticos y reivindicadores de las grandes aportaciones ilustradas, como las de Armando Plebe, Michel Foucault y muchos estudiosos actuales. Pero también —en la medida en que podamos— evitaremos abdicar de la tarea de dar un mínimo sentido global y unitario al término “Ilustración”.

Mayoritariamente, hoy, los estudiosos tienden a apartarse de las grandes interpretaciones clásicas (ciertamente demasiado esencialistas y monolíticas), así como también de las suprahistóricas (demasiado abstractas y poco discriminadoras), si bien eso suele provocar también una peligrosa confusión y falta de visión de conjunto. Es la causa, seguramente, de la excesiva y radical especialización de los estudios académicos, junto con una preocupación creciente por el análisis “micro” en detrimento del “macro”.

Esto provoca afirmaciones, muy probablemente tan rigurosas como cómodas, que desorientan y desalientan a quien quiere iniciarse en problemáticas como la “Ilustración”. Sólo como ejemplos indicativos, apuntamos muy brevemente algunas.

Jean Deprun, en “Filosofía y problemática de las Luces” en la *Enciclopedia de la Pléyade*, avisa que “la filosofía de las Luces es muy rica: rica hasta chasquear, e incluso a explotar si se intenta reducir a un modelo único”, estalla “en tantas constelaciones intelectuales como yugos puede superar el espíritu de liberación, instrumentos conceptuales adoptar, estilos inventar o aceptar”.

Georges Gusdorf, que dedica a la Ilustración los volúmenes IV, V y VI de su monumental *Las ciencias humanas y el pensamiento occidental*, predice que “el historiador que se imaginase poder extraer un sentido unitario y definitivo [del siglo XVIII] testimoniaría por este simple hecho una incomprensión terriblemente ingenua”.

El director del importante instituto parisiense dedicado a la producción escrita, Roger Chartier, niega en *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII* que la Ilustración ocupe íntegramente ese siglo. Muy al contrario, remarca que en él hay muchas otras formas de pensamiento y de mentalidades que a menudo no se expresan del todo públicamente o en el discurso social dominante y que, por eso, no se valoran o anacrónicamente son remitidas a otros movimientos y épocas, a menudo considerándolas simplemente como meras reminiscencias del pasado.

Los historiadores de la cultura y del arte (como George Rudé en *Europa en el siglo XVIII*, Arnold Hauser en *Historia social de la literatura y del arte* o Hugh Honour en el *El Romanticismo*) evitan el término “Ilustración” para referirse a todo el siglo XVIII y no lo usan en absoluto para referirse al arte (del que se habla en términos de barroco, rococó, neoclasicismo o romanticismo, pero nunca de arte ilustrado). Normalmente sólo usan “Ilustración” para el ámbito concreto de la filosofía.

En *El mundo hispánico en el siglo de las luces*, el profesor de la Universidad Libre de Bruselas Roland Mortier habla claramente de “Múltiple siglo XVIII”. Reconociendo la “diversidad espacial, temporal y conceptual” de la Ilustración, considera “abusivo y bastante mal método querer unificar y discernir con demasiado rigor una realidad en movimiento hasta el punto que a veces parece contradictoria.” “Así como no hay una Europa homogénea de la Ilustración, tampoco hay *una* ideología sistemática de la Ilustración, ni ningún estilo *único*.”

En “Lumières’, ‘Aufklärung’: Una nota sobre semántica”, “La debilidad de la razón en la edad de la Ilustración” y a la *Enciclopedia de la Pléyade*, Giorgio Tonelli opta por usar el término “Luces” o “*Aufklärung*” “lo menos posible: da ocasión a demasiadas controversias.” Para él, “la época de las Luces, en tanto en cuanto fenómeno europeo de conjunto, no es más que una quimera, excepto que nos atendamos a ciertas vagas generalidades como el ‘humanitarismo’, la ‘difusión del saber’ o el ‘patriotismo’”. Finalmente y como única solución posible, Tonelli acaba afirmando: “No nos queda sino refugiarnos en criterios cronológicos”.

Esta es ahora mismo una de las opciones más habituales en los estudiosos, pero no hay que olvidar que en absoluto resuelve los problemas de fondo y que la gente nos pide alguna cosa más. La diversidad, la profundidad y el nivel de detalle de los estudios actuales sobre la “Ilustración” han mostrado hasta tal punto la diversidad que se esconde detrás de esta denominación, que a menudo se propone rechazarla y sustituirla por otras supuestamente más neutras y objetivamente cronológicas como “siglo XVIII”, además de, por descontado, limitarse estrictamente a Europa y a sus colonias más desarrolladas.

Las revistas

Es significativo que las revistas actuales más importantes que tratan la “Ilustración” evitan referirse a ella en sus títulos como movimiento concreto. Predominan claramente las denominaciones cronológicas del tipo “siglo XVIII”, que permiten atender también a personajes y fenómenos considerados tradicionalmente como poco “ilustrados”: *Dix-Huitième Siècle*, que se edita desde 1968, *Studies on Voltaire and Eighteenth Century* (desde 1955), *British Journal for Eighteenth-Century Studies* (desde 1978), la del *Groupe d'Etude du XVIIIe siècle* de Bruselas (1972) o el *Centre d'Etudes du XVIIIe siècle* (CNRS) de Montpellier.

También es la idea que preside la bibliografía más completa del XVIII: P.M. Conlon, *Le Siècle des Lumières. Bibliographie chronologique*, y también sería seguramente la opinión de una amplia mayoría de los 8.418 investigadores identificados en el *International Directory of Eighteenth-century Studies*. En España está la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII (Salamanca), que publica los *Cuadernos dieciochistas. Revista consagrada al estudio de la historia, el pensamiento, la literatura, el arte y la ciencia del siglo XVIII*. En cambio rompe la tendencia el Grupo de Estudios del siglo XVIII de la Universidad de Cádiz, que edita una revista titulada (mezclando precisamente lo que a menudo se considera incommensurable): *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*.

Un mínimo marco común

La renuncia fácil a utilizar términos como “Ilustración” y a determinar unos mínimos rasgos comunes provoca el desconcierto y la casi total desatención de las grandes coordenadas evolutivas. Bajo la pretensión de gran rigor, sólo se logra disminuir el interés y la sana curiosidad. Por eso en este libro trataremos de reconstruir un mínimo marco común “macrohistórico y macrofilosófico” que –a pesar de todas las diferencias– nos permita apuntar alguna unidad común a todo el período ilustrado.

Detrás del aire de familia hay que orientarse hacia una especie de “paradigma”, una “episteme”, una “mentalidad”, una

“cosmovisión”, una “actitud más o menos psicológica” o, por lo menos, un “espíritu” o un “estilo” comunes y compartidos.

Consideramos la Ilustración como un proceso de larga duración en evolución interna y que se relaciona con otros procesos superpuestos (algunos de los cuales lo pueden contener al ser más largos, globales y básicos, como la misma Modernidad). Lo analizamos como un proceso que no se inscribe sólo en la alta cultura sino en el marco más decisivo y fundamental de la mentalidad y de los modos de vida sociales. Procuraremos en adelante dar el máximo de claves y datos para que se pueda captar tanto la enorme diversidad de la Ilustración como, también, los rasgos básicos de su unidad e importancia global para la historia humana.

Ilustraciones

Hay que remarcar que las ideas y la sociedad ilustradas no aparecen en todas partes igual y en el mismo momento. Los contextos sociales, culturales, económicos y políticos son muy diversos, y son la causa de que tengamos que hablar de una multiplicidad de ilustraciones, que los estudiosos actuales normalmente designan con los términos de las diversas lenguas: *enlightenment* para el mundo anglohablante (a menudo especificando la escocesa, irlandesa o americana), *lumières* para el francohablante, *Aufklärung* para el hablante de lengua alemana, *lumi* para el italiano, “luces” para el castellano hablante.

Se manifiesta una relativamente diversa evolución según los ámbitos lingüísticos y nacionales donde arraigan los factores ilustrados y por eso la mayor parte de los estudiosos actuales tienden a usar *Lumières*, *Aufklärung*, *Enlightenment*, *Illuminismo* como “términos técnicos” y evitan traducirlos sistemáticamente entre sí. No es preciso decir que eso no se había producido nunca antes; es una novedad con respecto a los siglos

anteriores en los que el mundo cultural europeo estaba mucho más unido y aún presidido por el uso compartido del latín.

Algunos estudiosos actuales señalan este hecho como la muestra de que la Europa del XVIII ya prácticamente ha culminado el proceso (que se inicia en el XVI y en algunas sitios en el XV) de “nacionalización de la cultura”, a pesar de que continuará con los posteriores conflictos “nacionalistas” en la medida en que se querrán incorporar nuevas realidades nacionales y estatales.

Así, a pesar de la voluntad cosmopolita de los pensadores ilustrados y de su convicción de representar cierta “república de las letras” internacional y que aspira a representar a la “humanidad”, está claro que las grandes monarquías y estados han logrado cierta unificación política y cultural que confieren a sus ciudadanos un carácter “nacional” y cultural específico.

Es indiscutible que por ejemplo Voltaire y Diderot viajarán por gran parte de Europa y serán acogidos en cortes lejanas como grandes sabios de la humanidad, pero al mismo tiempo como representantes de la cultura considerada más poderosa por aquel entonces: la francesa. Ésta se ha convertido en símbolo de “modernización” y por eso muchas élites de otros países conscientemente la quieren importar y adaptar a su contexto y necesidades.

Es un proceso similar al que también hizo el mismo Voltaire cuando en su exilio inglés intentó absorber las nuevas ideas y realidades que vivió para mirar de trasplantarlas a Francia, o Franklin buscando en Francia complicidades para la Revolución americana.

Sin embargo, en todos los casos, no debemos ver señales “de apatridismo” sino todo lo contrario, eran actas de servicio a la patria (tanto como a la humanidad) y siempre fueron acogidos como sabios representantes de la humanidad y, al mismo tiempo, de los respectivos países y culturas.

Reconociendo la multiplicidad de ritmos y especificidades del movimiento ilustrado, podemos ver un macroproceso básico. Primero, Gran Bretaña, junto con las Provincias Unidas holandesas, engendran la mayor parte de los valores fundamentales de la Ilustración. Segundo, estos son recibidos por Francia y “naturalizados” hasta llegar a perderse la memoria del origen británico u holandés. En tercer lugar, Francia los expande y difunde por Europa, donde son recibidos como “producto de importación” de un movimiento ya definido y, por lo tanto, en gran medida de una manera más libresca, extrangerizadora, elitista y “afrancesada”: este suele ser el caso del mundo germánico, Rusia, la Europa del Este, las penínsulas Ibérica e Itálica. Ello provocó que en estos territorios a menudo el ilustrado fuera considerado con desconfianza como un partidario de lo extranjero o un afrancesado.

Aquí hay ya una de las primeras paradojas de la Ilustración porque si bien los propagandistas de la Ilustración fueron franceses, sus santos patrones y pioneros fueron ingleses: Bacon, Locke, Newton. A menudo se ha magnificado la importancia de la Ilustración francesa, que no es más creativa intelectualmente, a pesar de que sí que es la que tiene más eco en toda Europa, seguramente por la caja de resonancia de las cortes de modelo versallesco.

Precisamente, teniendo en cuenta este inicio británico y holandés, podría establecerse un período para la Ilustración como etapa histórica (superando la división en siglos) que iría de la Revolución inglesa (1688) a la Revolución francesa (1789), que nosotros alargamos hasta el momento álgido de Napoleón (más o menos hasta 1808). Seguimos a Gusdorf en la idea de que “una justa apreciación del siglo de las Luces llevará a preferir, pues, los límites amplios a los cortos, para reconocer su amplitud en esta aventura de la conciencia europea”.

LOS INICIOS (1688-1723)

El período constitutivo de las ideas y estructuras de la Ilustración, del nuevo modelo de filósofo “librepensador” y de lo que Paul Hazard llamó la “crisis de la conciencia europea” se inicia el 1688, fecha de la Revolución inglesa “Gloriosa”, que da origen a la monarquía constitucional de Guillermo II de Orange.

Este importante hecho político se superpone a acontecimientos culturales tan significativos como la publicación, en 1682 y en Holanda, de los *Pensamientos sobre el cometa*, de Pierre Bayle, “habitualmente considerado el texto fundacional del movimiento”; de los *Philosophia naturalis principia mathematica*, de Newton en 1687 y, en 1690, de *Ensayo sobre el entendimiento humano*, *Dos tratados de gobierno* y *Cartas sobre la tolerancia* de Locke.

Hemos situado el final de este momento constitutivo en 1723 cuando, en Francia, pasó a gobernar directamente Luis XV después de la regencia del duque de Orléans, que viene a significar el auténtico final de la era de Luis XIV.

Un gran cambio geopolítico

A finales del XVII e inicios del XVIII estamos en una época de gran cambio geopolítico, a pesar de que aparentemen-

te es un momento más tranquilo que no el “siglo de hierro” anterior. Así, hay que relativizar el tópico del predominio de Francia en ese momento, a pesar de que ciertamente el francés es la lengua de la diplomacia, de las cortes y, por lo tanto, de la alta cultura oficial intereuropea. Pero visto en perspectiva cabe pensar que el inglés (en sustitución del holandés y el italiano) ya comenzaba a ser el idioma de los negocios burgueses, de las grandes colonias y del futuro.

Hay que reconocer que a la muerte de Luis XIV, en 1715, Francia es un Estado absolutista centralizado, estrictamente organizado, con el mejor ejército del momento (pero no por lo que respecta a la armada). Se acaba Versalles (1708) y Francia consolida su liderazgo en el continente, sin embargo, al mismo tiempo, aparecen las primeras grandes bancarrotas financieras y la modernización economicosocial francesa se paraliza notablemente.

España y Portugal en decadencia

Por otro lado, Europa central supera definitivamente la dinámica y los terribles costes de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), pero ya no es el centro político europeo. Aquella guerra acabó con las pretensiones de dominio del emperador (Sacro Imperio Cristiano Germánico) y del papa, al mismo tiempo que en el Imperio español se comienza a poner el sol y el portugués traquetea manifestamente. En el fondo, los dos dejan de ser grandes potencias.

En España, el siglo comienza con la Guerra de Sucesión, que la empobrece aún más, especialmente en los territorios con más fundamentos comerciales y burgueses (Cataluña, Valencia, Mallorca). En 1713, la monarquía española debe ceder incluso el monopolio del tráfico de esclavos con América a

los británicos y, poco después, pierde autonomía política, y se subordina a la órbita francesa.

Además, la consolidación del absolutismo más centralista (pérdida de los múltiples fueros y libertades) va paralela a la pérdida territorial (territorios centroeuropeos, Menorca, Gibraltar, Rossellón), mientras que en la posterior política internacional no consolidará ninguno de sus derechos sobre las antiguas posesiones (Italia, Orán). Por otro lado, los resultados en la hacienda son nefastos, y la monarquía cae en constantes bancarrotas, a pesar de los intentos de revitalización como la transferencia de la Casa de Contratación de Sevilla a Cádiz (1729).

Potencias en expansión

Mientras todos los países de despotismo de Estado (Francia, España) caen en grandes bancarrotas estatales, Gran Bretaña se salvó significativamente gracias a su sistema financiero y a la alianza con los grandes capitales burgueses. Se ha constituido como una monarquía constitucional y abre un largo gobierno efectivo de los *whig* partidarios del parlamento y protoliberales. Por eso entusiasma a los librepensadores ilustrados, y pasó a ser el gran modelo que sustituye en el imaginario intelectual a los Países Bajos, a pesar de que éstos aún permiten más tolerancia y continúan siendo la capital de edición de libros censurados.

Hay que evitar exagerar el grado de “liberalismo” logrado por los británicos sin embargo ya que, como dice Josep Fontana, “permitió obtener, sin apariencia de subversión ni recurso a la movilización de las masas, unos objetivos similares a los que se habían querido lograr inicialmente en 1641: un sistema político representativo —que Hume describió como ‘un príncipe hereditario, una nobleza sin vasallos y un pueblo

que vota a través de sus representantes’— controlado por la alianza agraria capitalista que había eliminado los bloqueos del ‘feudalismo bastardo’ y una clase de empresarios mercantiles orientada a los grandes negocios del comercio exterior, la expansión colonial y la financiación de la guerra. Esta alianza se aseguraba el control del Gobierno real limitando los recursos de los que éste disponía, votándolos cada año en el Parlamento y creando una fuerte administración burocrática que manejaba de hecho la mayor parte de ese dinero. Sobre estas bazas se asentaría el doble proceso de la llamada ‘revolución financiera’ y de la expansión comercial, que serían elementos esenciales del crecimiento económico británico”.

Como suele pasar, poder e ideas van juntos y Gran Bretaña pasa a ser la nueva potencia dominante, por cuatro complejos y largos procesos enlazados, a través de los cuales logrará imponer su liderazgo. Primero, a partir de la mitad del siglo XVII, al poner la agricultura al servicio de estrategias comerciales y capitalistas, incluyendo brutales “cierres de tierras”. Segundo, a partir del XVIII, en el desarrollo comercial, marítimo y financiero. Tercero, a partir de 1780, en el desarrollo industrial. Y cuarto, al triunfar en el reparto colonial, ya facilitado por el desarrollo comercial, marítimo y financiero, pero sólo consolidado después de su victoria militar sobre Francia.

En un largo y complejo proceso, Gran Bretaña comienza superando y sustituyendo a las antiguas potencias (Portugal, que pasó a su órbita, y España), después a su inicial competidora (Holanda) y, finalmente, pese al importante tropiezo de la independencia de las trece colonias norteamericanas, la nueva potencia política y militar, Francia.

Naturalmente, también aparecen nuevas grandes potencias, pero aún deben modernizarse y su eclosión será posterior. Las tres más importantes son Prusia (que se consolida —en pugna con Suecia y Francia— hacia 1680), el Imperio austrohúngaro

(que incluye territorios tan lejanos y diversos social y políticamente como Bohemia, Moravia, Tirol, Aquisgrán, Milán, Toscana, Transilvania, Serbia-Valaquia, Galizia, y estados que entonces no existían como Bélgica, Luxemburgo, Eslovenia, Croacia) y Rusia (que lleva a cabo una enorme expansión territorial por Siberia, Ucrania y los territorios turcos).

Los librepensadores

Newton como modelo

La Ilustración se origina reaccionando básicamente en contra del racionalismo continental del XVII, al mismo tiempo que se inspira en el empirismo británico, especialmente desde una mítica (y no correcta del todo) interpretación que convierte a Newton en el modelo.

Ello hace que la Ilustración en general (excepto la alemana marcada por el wolfismo) acepte la apologética newtoniana que afirma desmarcar totalmente metafísica de ciencia. Por eso, a pesar del imprescindible papel que los racionalistas del XVII tuvieron en la nueva ciencia física matemática, la Ilustración se aparta de ellos sobre todo por dos motivos: haber pretendido atar —en tanto en cuanto necesaria fundamentación— la metafísica a la ciencia y haber construido grandes sistemas omnicomprensivos y totalizadores.

Por eso, los ilustrados se sienten más próximos a los empiristas que habían criticado las a menudo antiintuitivas pretensiones metafísicas de los racionalistas, la dependencia de las ideas innatas y el menosprecio de lo sensible; y, poniendo un renovado énfasis en la experiencia y el dato sensible, también habían planteando una filosofía y un tipo de filósofo más volcado sobre la vida y la política.

En consecuencia, los ilustrados tienden a renunciar a los sistemas totalizadores y optan por un discurso filosófico más directo, libre, de intervención puntual y actual, comprensible generalmente por el pueblo culto. Es un tipo de discurso más incisivo, claro y de interés generalizado, pero también más fragmentario, circunstancial, menos sistemático, en el que el tratado es sustituido por el discurso, por el ensayo o, incluso, por el panfleto. La filosofía y el pensamiento se popularizan y como nunca antes llegan a un público culto amplio y ansioso de tener noticias. Naturalmente el estilo literario dominante cambiará con esta evolución.

Pero los primeros ilustrados también elaboran una influente reinterpretación de la historia. Así por ejemplo se radicalizó la interpretación humanista de Grecia y Roma y de la Edad media. Grecia devino la cima de la racionalidad, ahora completamente depurada de planteamientos esotéricos, simbólicos, mágicos, herméticos e, incluso, mitológicos (que habían interesado mucho durante el Renacimiento).

Así, es una creación básicamente ilustrada la imagen monolítica de una Grecia clásica apolínea, austera y ascética, democrática o por lo menos marcada por la libre acción política de los ciudadanos, donde predomina el *apatheia*, sobria y plenamente equilibrada, totalmente racionalista.

Muchos de estos elementos aún eran más acentuados en la imagen ilustrada de Roma, especialmente la republicana, donde se pensaba que la virtud y la dignidad ciudadana habían alcanzado los máximos niveles posibles (mito que fue muy importante en la Revolución francesa). Por contraposición a estas épocas “afortunadas”, la Edad media es considerada como el prototipo de época oscura, supersticiosa, opresiva por la tiranía religiosa y la violencia señorial. Afortunadamente —se piensa— fue rota por el Renacimiento (poco conocido, no muy valorado y que queda reducido básicamente a la re-

cuperación de la antigüedad) y, sobre todo, por las nacientes culturas nacionales, que es lo que se tiende a considerar el auténtico origen de su época.

Esto se puede ver fácilmente tanto en el *Siglo de Luis el Grande*, de Voltaire, como en la *Historia de Inglaterra*, de Hume o en el orgullo de los italianos por su literatura nacional. Prácticamente sólo los grandes inventos (brújula, pólvora, imprenta) o los descubrimientos geográficos son unánimemente reivindicados como origen de la Ilustración, así como también los grandes nombres de la revolución científica: Copérnico, Kepler, Galileo, Bacon y Newton.

El capitalismo de imprenta

A finales del XVII y comienzos del XVIII, se engendran la mayor parte de los valores, las características y los conceptos básicos de la Ilustración, si bien en relación y polémica con los del siglo XVII. Precisamente en este marco de creativa transformación aparece el nuevo tipo de filósofo e intelectual moderno: el librepensador o *free thinker*, que remite tanto a “quien piensa libremente”, como a “quien piensa libre” y fuera del estricto mecenazgo de los poderosos o de las grandes instituciones tradicionales que exigían cierta obediencia ideológica: iglesia, universidades. Son libres por lo que respecta a sus opiniones, no por sus actos inmundos como insinúa la terminología peyorativa y paralela de “libertino”.

El ámbito de expresión de los librepensadores será el creciente “capitalismo de imprenta” y el naciente “mercado cultural”, que permitirán la gestación de la llamada “opinión pública”. Dentro de este marco emergente, productos como los libros, los periódicos, las revistas, los panfletos, las obras eruditas o de consulta encuentran un eco y una demanda impensables sólo un siglo antes.

Es ello una novedad mundial de gran alcance, que permite que cada vez un número más grande de pensadores pueda ganarse la vida al margen de mecenazgos, universidades, academias y pensiones estatales. Aunque a menudo desean estas prebendas y que muchas veces se deben ganar la vida con tareas bastante mecánicas (traducciones, correcciones, escribir por cuenta de otros), los librepensadores son conscientes de la importancia del pensamiento independiente y de la libertad de opinión.

Podemos ver como claros ejemplos del nuevo capitalismo de imprenta a Bayle, Defoe y Swift, que, entre muchas otras obras, editan, respectivamente, la revista *Nouvelles de la République des Lettres*, el semanario *The Review* y el periódico *Examiner*.

Meslier, Bayle, Mandeville y Defoe

Si consideramos los librepensadores más significativos del momento inicial de la Ilustración, podemos ver el paso del predominio intelectual de los Países Bajos a Inglaterra (los dos países más tolerantes a la época).

En Francia, el sacerdote Jean Meslier (1664-1729) debe vivir disimulando toda su vida. Sólo a su muerte se descubren los escritos (en los que ataca radicalmente la religión y defiende la igualdad de bienes, si bien predica la resignación) y sus verdaderas opiniones. En cambio, en Holanda, Pierre Bayle (1647-1706) populariza el escepticismo y otras opiniones heterodoxas a través de su influyente *Diccionario histórico y crítico*. En 1680, sus *Pensamientos diversos sobre el cometa* son considerados fundadores de la Ilustración porque critica las supersticiones, los milagros, el argumento de autoridad y la tradición, al mismo tiempo que se atreve a afirmar —cosa que provoca gran escándalo— que “el ateísmo no conduce necesariamente a la corrupción de las costumbres”.

Ningún problema radical tuvo tampoco el médico Bernard Mandeville (1670-1733) por sus obras panfletarias, críticas, cáusticas y satíricas de gran éxito (aunque, en parte, de circulación anónima). Nacido en Holanda pero emigrado a Londres, Mandeville es considerado el más crudo “anatomista del comportamiento humano” de su época. El caso de Defoe (1660-1731) es especialmente interesante y significativo antes del enorme éxito de sus obras más conocidas: el *Robinson Crusoe* (1719-20) y la novela picaresca, realista y de crítica social *Moll Flanders* (1722). Defoe, educado como puritano, anticatólico, antiabsolutista y partidario de Guillermo –del cual se convertirá en publicista–, fue encarcelado y expuesto durante tres días en la picota por el sarcasmo de proponer la erradicación total de los disidentes protestantes en su obra juvenil *La vía más expeditiva para los disidentes* (1702).

En la prisión escribió su *Himno a la picota*, donde dejaba clara su verdadera posición, convirtiéndose en un ídolo popular (1704). Liberado, trabajó para el gobierno proliberal como libelista, agente secreto, organizando la propaganda antirrevolucionaria y dirigiendo la censura interna. Es significativo su cambio de posición en sus escritos políticos con respecto a la alianza británica con los catalanes en la Guerra de Secesión. Por fidelidad a la política británica, deja de reclamar mantenerles el apoyo.

La gran generación británica del período fundador de la Ilustración incluye también al conde de Shaftesbury (1671-1713); Anthony Collins (1676-1729), deísta lockiano que proponía el “libre examen” de todas las afirmaciones –en especial los dogmas y supersticiones religiosas– y considera el miedo y la superstición peores que el ateísmo; el empirista idealista Berkeley (1685-1753); el influyente poeta y editor de Homero y Shakespeare, Alexander Pope (1688-1744), y especialmente Jonathan Swift (1667-1745).

Sus *Viajes de Gulliver* (1726) son una especie de antirobinson pesimista que pone de manifiesto tanto la relatividad de las ideas como la naturaleza común que hay detrás. Así el rey de Brobdingnag “quedó absolutamente boquiabierto ante la relación histórica que Gulliver le narró de los asuntos humanos durante los pasados siglos. Se exclamó que no era sino un cúmulo de conspiraciones, rebeliones, asesinatos, masacres, revoluciones, destierros, los peores efectos que podían producir la avaricia, el faccionalismo, la hipocresía, la perfidia, la crueldad, la idea, la locura, el odio, la envidia, la lujuria, la malicia y la ambición”.

También en 1710 Swift intuyó (como dice al *Examiner*) que los nuevos hombres verdaderamente influyentes y poderosos de su época eran “muy diferentes de todos los que conocimos antes de la Revolución (de 1688), ya que son aquellos cuya fortuna entera reside en fondos y acciones; de tal manera que el poder, que solía acompañar la tierra, se ha trasladado ahora al dinero”.

Los primeros franceses y el resto de Europa

Un poco más retrasada, más crispada, exaltada y radical en las formas (no necesariamente en los contenidos), y muy influida por los viajes a Inglaterra, aparece la primera gran generación ilustrada francesa con las obras que la dieron a conocer: Montesquieu (1689-1755) publica *Cartas persas* (1721, donde hace una hábil crítica ilustrada de la sociedad francesa de su época) y, en 1733, *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y la decadencia de los romanos*.

Por su parte, Voltaire (1694-1778) comienza a construirse como personaje público. Había marchado a Inglaterra después de ser zurrado por los criados de un noble —por no ser suficientemente “respetuoso”— y de haber sido encarcelado por no aceptarlo sumisamente. Publica en Londres, en 1728,

Cartas sobre los ingleses, base de las que conocemos como *Cartas filosóficas*.

Por otro lado, el Abbé de Saint Pierre escribe en 1713 una obra que apunta –por el momento aún utópicamente– hacia el futuro *Proyecto para hacer la paz perpetua en Europa* y que influirá en la obra paralela más profunda de Kant.

Si, como podemos ver, la potente Francia comienza a seguir el empuje de la Ilustración británica, en el resto de países la diferencia es muy grande. En los países germánicos, los principales filósofos tienen aún un regusto racionalista y como mirando al XVII: es el caso de Christian Thomasius (1655-1728) y de Wolff (1679-1754); pero en cambio, la filosofía moderna penetra ya en las universidades alemanas, especialmente en la nueva Universidad de Halle (creada el 1694).

Tenemos aquí una especificidad germánica, que por una parte va más retrasada en la penetración de los nuevos movimientos; mientras que por otra parte, les da cobijo institucional más rápidamente, porque a menudo los deja penetrar en las universidades. Ello hace que la *Aufklärung* sea en conjunto más académica y, como que a menudo es cultivada por pastores o hijos de pastores, se opone menos a la religión.

Del dividido mundo itálico hay que decir que ha perdido el liderazgo que tuvo hasta inicios del XVII. Hay que destacar la inclasificable figura del napolitano Giambattista Vico (1668-1744), pero su anticartesianismo y ataque a la ciencia física matemática parecen formularse, más que desde la Ilustración, desde un humanismo tardío.

Por otro lado, sin embargo, su consideración de la historia –con la cual penetra en la siguiente etapa– ha sido considerada como una anticipación de la filosofía de la historia ilustrada, pese al posible argumento en contra de su decantamiento por un movimiento cíclico en lugar de uno de progresivo.

El mundo de las artes

A principios del XVIII estamos en arte aún dentro del barroco, a pesar de que apunta un naciente neoclasicismo (fachada este del Louvre, la fachada del palacio de Versalles y el Gran Trianon). Watteau pinta, en 1717, *Embarco para Citera* (1721-8) y William Hogarth (1697-1764), *Vida de un libertino* (1735). Se construye la escalinata de la Piazza di Spagna en Roma (1735-72) y la Fontana de Trevi. En música brillan Vivaldi, J. S. Bach, Haendel (significativamente emigrado a Londres) y Jean Philippe Rameau (1683-1764), que formula en 1722 su moderna teoría de la armonía.

La relación con la alta cultura oficial

Por el panorama cultural que acabamos de esbozar parece que ya estamos en una época predominantemente ilustrada. Sin embargo, hay que matizar mucho esta impresión, ya que los pensadores y elementos ilustrados son aún marginales en la gran cultura oficial, especialmente fuera de Holanda y de Gran Bretaña. Tampoco han entrado en las universidades, muy encerradas en sí mismas y a menudo dominadas por violentas polémicas religiosas (especialmente las contrareformadas).

Además, las universidades, al ser de tradición eclesiástica y no del todo sumisas al poder político, al usar aún el latín y al representar un modelo cultural supraestatal, ven como las nuevas monarquías absolutistas y centralistas (dentro del proceso de “nacionalización de la cultura”) favorecen nuevas instituciones de alcance estatal donde se imponen las lenguas nacionales al latín. También las monarquías imponen líneas de estudio más próximas a sus intereses, privilegiando los aspectos técnicos y científicos de posible uso militar o en la administración pública (cameralismo).

Siguiendo el modelo iniciado por Richelieu y Colbert con la Académie Française, la Académie des Inscriptions et Belles

Lettres y el College de France (creado explícitamente como alternativa a la Universidad de París), en 1666 Colbert funda la Academia Real de Ciencias de París, que publicaba el muy influyente *Journal des savants* (1665) y las *Descriptions des Arts et des Métiers*.

La Academia Real de Ciencias subordinaba la Société de Médecine (1778, que dirigía la política sanitaria nacional en contraposición a los privilegios de la Facultad de Medicina), el Observatorio (1667) y el Jardin des Plantes (donde trabajará Buffon). Colbert también crea las instituciones de saber militar como l'Ecole Royal du Génie a Meriers, la Régie des Poudres [pólvora] y el laboratorio del Arsenal (donde trabajará el creador de la química moderna Lavoisier), l'École Royale desde Ponts et Chaussées, l'École des Mines, y toda la serie de sociedades provinciales.

Paralelamente, Luis XIV busca y destruye el famoso monasterio de Port-Royal (centro janseanista e intelectual vinculado a Pascal, Arnauld, Nicole) en 1709-1710. En política se crean las academias de París (1712, por iniciativa del ministro de Exteriores) y la de Estrasburgo (1757). De manera similar, pero casi un siglo después, en España el borbón Felipe V funda (1711) la Biblioteca Real (después Nacional), la Academia de las Ciencias y la Real Academia de la Lengua Española (1713) en Madrid, la Real Academia de Medicina de Madrid y la Academia de Medicina y Cirugía de Valladolid (las dos en 1731). Como contrapartida, hay que destacar la supresión de las universidades catalanas, sustituidas por la de Cervera (1717). En Gran Bretaña, además, existe mucho interés por las cuestiones de utilidad más inmediata: Sociedad para la Mejora de la Agricultura de Dublín (1731).

Las nuevas instituciones extrauniversitarias del siglo XVIII y en el marco de la Ilustración producen importantes cambios en la institucionalización del saber. Por una parte, se rompe el

monopolio virtual que las universidades (y la Iglesia) habían tenido desde la edad media de la educación superior. Por otro lado, poco a poco la “curiosidad” pasa a ser sustituida por la idea “de investigación” planificada y se va caminando hacia el moderno instituto de investigación con estudiosos profesionales o, por lo menos, semiprofesionales.

Entre los poderosos núcleos de poder que pasan a ser indiscutiblemente generadores de nuevas formas culturales “nacionalizadas”, podemos destacar la monarquía (que ya no es un *primum inter pares* sino el núcleo del nuevo Estado-nación) y sus ministros, las academias reales y nuevas instituciones culturales estatales, y las cortes. Éstas están todavía marcadas por un fuerte ideario aristocrático; sin embargo, en adelante, caen ya bajo el absoluto poder monárquico en la “jaula de oro” de Versalles (acabado en 1708).

Las nuevas monarquías fortalecidas y centralizadoras se afanan con gran éxito en dos vertientes básicas: la unidad religiosa estatal (ya claramente iniciada en el XVII y sólo suavizada por imperativos de modernización económica, como la tolerancia de los hugonotes y otras minorías) y la constitución de una “cultura nacional” de acuerdo con las necesidades de la monarquía absolutista. Como que a menudo no encajaba con estas dinámicas, la naciente Ilustración resulta muy marginada y mira con envidia hacia las protoliberales y burguesas Holanda y Gran Bretaña —donde ya se ha incorporado más al poder y de donde se importan muchas de las ideas.

El mercantilismo, que se inicia antes de 1688, sin embargo, triunfa y se consolida plenamente en la primera mitad del XVIII; se convierte en un modelo de nacionalismo de Estado dirigido a la consolidación de la monarquía absoluta. Tanto el mercantilismo como el cameralismo germánico (un poco posterior) trataban al Estado desde la perspectiva de la hacienda monárquica pero adaptando ya una perspectiva economicista

y modernizadora (obviando en general los costes para la población de estas políticas). El principal objetivo económico y político era la acumulación de oro y plata que, además de signo de riqueza, representaba la disponibilidad financiera imprescindible para contratar los ejércitos y armas necesarios para garantizar a la monarquía el poder interior y la capacidad de competir internacionalmente.

Para lograr esta “riqueza” disponible para los objetivos políticos y militares de la monarquía, había que plantear nuevas “políticas económicas” mercantilistas como la protección nacionalista de la economía desde el Estado ya fuera promoviendo algunas industrias y ramas consideradas clave (como ya había hecho Cronwell con el Acta de navegación, la creación de compañías de indias y las industrias de gran valor añadido como las de lujo), ya fuera prohibiendo la exportación de oro y plata o la importación de las mercancías que se debían pagar con metales preciosos.

Más allá de una Ilustración burguesa y liberal

La situación real de los nuevos elementos ilustrados era mucho más difícil y compleja que lo que refleja el tópico habitual. Por lo tanto, hay que ir con mucho cuidado con el tópico que vincula totalmente la Ilustración con la burguesía. Por un lado, la mayor parte de los ilustrados no fueron burgueses ni quizá pensadores proliberales, por el otro tampoco vivieron en países liberales ni donde la burguesía tuviese mucha importancia. Una amplia mayoría vivió en “el antiguo régimen”, bajo el absolutismo y sometida a una potente clase cortesana.

Ahora bien, también es verdad que los modelos principales sociales y políticos eran Inglaterra, las Provincias unidas y —más adelante— las colonias americanas independientes, que sí que se aproximaban a este ideal. Por lo tanto, podemos decir

que el tópico se aproxima más al modelo político y social soñado que no a la realidad efectivamente vivida. Y es que una de las características clave que no se debe olvidar nunca de la Ilustración es la dualidad (que los ilustrados asumen prácticamente como natural o inevitable) entre, por una parte, la realidad social, política y cultural efectivamente vivida, y, por otro lado, el modelo o proyecto anhelados.

Esa dualidad es especialmente contundente donde la Ilustración se debe desarrollar en el seno del antiguo régimen y el absolutismo cortesano de Francia a Rusia, pasando por los países germánicos, ibéricos, itálicos y eslavos. Ciertamente, uno de los triunfos más publicitados de la Ilustración es cuando algunos de sus miembros son llamados a cortes y por los monarcas gobernantes.

Hay que reconocer, sin embargo, que tales ilustrados ejercieron poca influencia (excepto algún científico y pseudoministro) y algunas veces la estancia tuvo un “mal final” (como es el caso de Voltaire en Prusia), ya que muchos parecen llamados sobre todo para ser ostentados propagandísticamente en el interior e internacionalmente. En definitiva, la Ilustración es un movimiento de élites relativamente reducidas y poco “populistas”. Hay que recordar que Voltaire solía llamar al pueblo llano la *canaille*. Sólo algunos filósofos e intelectuales británicos tienen influencia real en el poder: Newton director de la casa de la moneda; Defoe apologista gubernamental, Hume que llegó a subsecretario del ministerio de Exteriores. Por otro lado, Berkeley es obispo y Swift decano de la catedral.

Ciertamente los librepensadores anglosajones con proyección pública pueden alcanzar cargos políticos y administrativos más importantes que no el resto, que viven más apartados de la cultura oficial. Por eso, cuando se cansan de la ajetreada vida del intelectual, los franceses tienden a retirarse a sus

propiedades (Voltaire) o con alguna protectora (Rousseau), mientras que en el mundo británico se dedican —a menudo bastante pronto— a honorables y productivas actividades públicas: Newton, Hume o, más tarde, Adam Smith, que dejará su cátedra y acabará de alto comisario de Aduanas.

Por lo que respecta al mundo alemán, la especificidad de cierta apertura de las universidades no evita una vigilancia y presión política importante (como hubieron de experimentar Wolff y Fichte, que fueron expulsados de su cátedra en la universidad). Pero el marco decisivo y característico de los librepensadores ilustrados no es ni las instituciones oficiales ni las universidades, sino el creciente mercado cultural “libre” generado alrededor del creciente capitalismo de imprenta.

LA CONSOLIDACIÓN (1723-1750)

En el período que va desde la toma de posesión de Luis XV (1723) y el inicio en 1750 de la publicación de la obra colectiva más influyente de la Ilustración, la *Enciclopedia Francesa*, hay una clara expansión de las ideas ilustradas. Se extienden en países lejanos desde Rusia a las colonias de América, donde muchas élites se incorporan al movimiento, que ahora pasa en gran medida bajo el liderazgo de la primera gran generación de ilustrados franceses (Montesquieu y Voltaire).

Pero culturalmente el mundo francés está aún dominado por Versalles, que se encuentra en su gran momento, y por el que intentan ser reconocidos prácticamente todos los ilustrados. Ciertamente, a pesar de que hay que relativizar su impacto en la gente corriente, algunos monarcas llaman a sus cortes a algunos de los filósofos ilustrados más famosos dentro de lo que se ha llamado “despotismo ilustrado”.

El despotismo ilustrado

En el segundo cuarto del siglo XVIII se inicia el gran momento del despotismo ilustrado, pero hay que desenmascarar muchos de los tópicos implicados bajo esta ambivalente expresión. Caracterizado por la consigna “todo para el pueblo pero sin el pueblo”, no esconde el autoritarismo autocrático

que a menudo puede ser tiránico, si bien ahora aplicado desde una perspectiva conscientemente modernizadora, expansiva y desarrolladora del país desde las necesidades e iniciativa del Estado.

Que es un “despotismo” no escapa a la percepción de los filósofos y por ejemplo Voltaire dice que en la Prusia del “ilustrado” Federico II había encontrado “un número prodigioso de bayonetas y muy pocos libros”, mientras que Diderot dedica a Federico II el escrito de 1771, que nunca publicará, *Páginas inéditas contra un tirano*. Pero también saludan con confianza y a menudo con entusiasmo la creciente conciencia de los autócratas de que su prestigio e importancia internacional dependen en gran medida de su capacidad para modernizar y desarrollar económicamente su Estado.

Es por eso por lo que, a pesar de las enormes limitaciones de racionalidad administrativa, logística y burocrática del antiguo régimen, consideramos el “despotismo ilustrado” como un incipiente estadio de desarrollo de la “biopolítica” ejercida por los estados modernos. No en vano es en este momento y contexto que la política comienza a ocuparse como tarea primordial de la salud y la higiene públicas (fomentando el alcantarillado, la salubridad y el primer alumbrado de las grandes ciudades, desecando pantanos y zonas insalubres) ampliando y mejorando el sistema de comunicaciones (carreteras, puertos, canales, diligencias y correos), creando una policía que garantice el orden civil, estableciendo las modernas prisiones, escuelas y hospicios, o fomentando la industriosisidad y alfabetización popular (leyes de pobres).

En consecuencia, por una parte se amplía considerablemente el poder efectivo de los reyes y de los estados (incluyendo los protoliberals como el británico) que son cada vez más capaces de condicionar y disciplinar la vida cotidiana de sus súbditos.

Por otro lado, sin embargo, también se ven obligados (para no quedar retrasados con respecto a otros países) a usarlo racionalizando y aumentando la eficacia de la Administración; fomentando el progreso económico, cultural y educativo, y ganándose la adhesión del pueblo.

Seguramente, fue la eficacia en la guerra el elemento decisivo que impulsó los planteamientos políticos ya que, a partir de la “revolución militar” de las armas de fuego, el poder militar dependía cada vez más de una financiación potente pero al mismo tiempo segura y constante, y por lo tanto de la racionalización de la Administración y del desarrollo de los países. Fue eso, mas que no la pretendida “tolerancia”, “ilustración” o “buena voluntad de los gobiernos”, lo que hizo que prácticamente todas las grandes potencias europeas (tanto dinásticas como parlamentarias) se afanasen en algún grado a modernizar los países y racionalizar la Administración.

Todo ello fue paralelo a la disciplinación de la sociedad desde la “razón de Estado”, que era un rasgo común tanto del mercantilismo como del cameralismo, el despotismo ilustrado y la fisiocracia.

La necesidad de una nueva política

El término “cameralismo” expresa la vinculación directa con la “cámara” del rey y designa la teoría política racional e integrada que —dentro de un enorme intervencionismo— aúna conjuntamente el gobierno político, económico, administrativo y financiero de los estados dinásticos “absolutistas” alemanes. Precisamente para dotarse de consejeros o funcionarios adecuados, primero Austria y después Prusia y demás estados alemanes crearon cátedras de “ciencias camerales”, siendo las primeras en 1727 las universidades de Frankfurt, del Oder y de Halle. A partir de la segunda mitad del XVIII, el camera-

lismo dejará de ser una ciencia unitaria al dividirse en órganos especializados los varios ámbitos del gobierno que darán origen a las posteriores ciencias del Estado: economía política, diplomacia, etc.

El segundo cuarto del XVIII es un momento de toma de conciencia por parte de las élites gobernantes más receptivas de la necesidad de que la política pasase a centrarse en el desarrollo económico y tecnológico, en la modernización administrativa y social. Por eso, se llevan a cabo reformas administrativas muy similares en contextos políticos y sociales muy diversos. A menudo se imitan a pesar de las diversidades estructurales: muchas británicas se extienden a Francia y más allá, representando una gran novedad en el este europeo —mucho más retrasado socialmente— y en España. Otras reformas, en contra de lo que puede parecer, viajan en dirección contraria, ya que aportaciones de las potencias dinásticas (por ejemplo del cameralismo) son incorporadas en la Europa atlántica.

Ahora bien, las consecuencias modernizadoras y racionalizadoras son diversas y progresivamente más débiles según los diferentes ámbitos. En una gradación aproximada podemos ver que el impacto se va reduciendo, desde el ejército, el gobierno y la burocracia central, hacia las administraciones provinciales y locales, y, finalmente, hasta las condiciones de vida del pueblo. Aquí son poco perceptibles, ya que las élites dominantes son las primeras y grandes beneficiarias del esfuerzo de modernización y racionalización.

Por eso este proceso prosperó o se detuvo e, incluso, retrocedió según los intereses de las élites. En situaciones de crisis y en la guerra la modernización y racionalización hizo grandes avances, en cambio, se bloqueaba totalmente cuando la élite intuía que podía perder parte de su dominio si continuaba la modernización. Por eso también es muy ambivalente

la acogida de los grandes pensadores ilustrados en las cortes del XVIII: por una parte, se les llama y ensalza presuponiendo que sus ideas pueden tener un gran valor para el Estado y la élite, pero muy a menudo se rechaza, expulsa o por lo menos obvia cuando se percibe que sus propuestas no van por donde interesa.

La nueva política del despotismo ilustrado refuerza la administración y la burocracia, se uniformizan leyes y costumbres; donde no se había hecho ya, se impone un idioma como el propio del Estado (por ejemplo, José II impone el alemán al Imperio austríaco) y se desarrollan las escuelas y universidades al servicio del Estado. También se elimina el parlamentarismo francés y las instituciones intermedias: Federico II suprime la Dieta prusiana, Maria Teresa lo comienza a hacer y lo culmina José II, lo mismo hace Caterina de Rusia y Carlos III se ganará el epíteto centralista de “el alcalde de Madrid”. Paralelamente se crean los grandes ejércitos “nacionales”: en 1780 el de Prusia llegar a los 200.000 hombres.

Toda esta nueva organización requiere más ingresos fiscales: de aduanas, de impuestos indirectos y de monopolios. Por eso los países que no logran una saneada reforma fiscal y de la hacienda pública vivirán sucesivas bancarrotas (muy generalizadas, incluyendo Francia y de las cuales solo se librará la más modernizada Gran Bretaña).

Se trata de cambiar y de modernizar la sociedad desde arriba, pero pronto se mostraron los límites porque, a parte del mundo anglosajón, se quiso hacer sin un suficiente compromiso de las élites territoriales y el pueblo, y sobre todo sin tener en cuenta las complejas necesidades sociales. A pesar de que había un positivo interés “para el pueblo” (quizá mejor dicho para la potencia del Estado), se hizo demasiado “sin el pueblo” y sin conocer las complejas dinámicas sociales, limitando mucho los éxitos.

A pesar de los valiosos esfuerzos para hacer carreteras, canales y puertos y para fomentar la agricultura, el comercio y las industrias, las mejoras fueron bastante limitadas por que las reglamentaciones eran muy rígidas (se usaban mucho los monopolios) y los beneficios directos iban a parar siempre a los próximos al poder.

¿Se impone la Ilustración francesa?

En el segundo cuarto del XVIII parece imponerse la Ilustración francesa por encima de la británica, pero dos consideraciones nos deben permitir ahondar en esta percepción. Por una parte, significativamente la primera generación ilustrada francesa (singularmente sus tres grandes miembros: Montesquieu, Voltaire y Prevost) se caracterizan por haber viajado a Gran Bretaña y haberse fascinado con ella por lo que la adoptaron como modelo y absorbieron muchas ideas.

Así, el sistema político parlamentario inglés y las ideas de Locke están en la base de la famosa separación de poderes defendida *Sobre el espíritu de las leyes* por Montesquieu (1689-1755). Esta importante obra es escrita a partir de 1734 pero no se publica hasta 1748.

Por otro lado, Voltaire (1694-1778) alcanza ahora su verdadero impacto popular al retornar de Inglaterra. Mantiene una profunda relación con Madame du Chatêlet e introduce el newtonianismo en Francia con su obra *Elementos de la filosofía de Newton*. Por su parte, el abad Prévost (1697-1763), no pudiendo resistir el celibato, huye a Gran Bretaña, donde se hace famoso escribiendo la truculenta historia de *amour fou* entre *Manon Lescaut* y el caballero *Des Grieux* (1731). El caballero dice: “La felicidad que yo espero es próxima y la vuestra (del ascético amigo Tiberge) es lejana; la mía es de la misma naturaleza que las penas, es decir, sensible al cuerpo, y la otra es de

naturaleza desconocida que sólo es cierta por la fe”. De vuelta a Francia en 1734, Prévost fundó y dirigió un diario dedicado al acercamiento británico y francés.

El entorno de Hume

Por otro lado, la Ilustración británica continúa teniendo durante el segundo cuarto del XVIII grandes pensadores como el teórico del sentido moral, Francis Hutcheson (1694-1746), el anglicano americano Samuel Johnson (1696-1772) y el fisiólogo asociacionista y relativamente materialista David Hartley (1705-1757). Además, continúan produciendo Swift, Berkeley y Pope, y se va abriendo camino, a pesar de no ser suficientemente reconocido, David Hume. Su *Tratado de la naturaleza humana* prácticamente no fue valorado, pero sí su primera recopilación de *Discursos* (1742) y la segunda, *Discursos políticos* (1751). Sintetizó y separó los contenidos de su *Tratado* en libros independientes: *Investigación sobre el entendimiento humano* (1748), *Investigación sobre los principios de la moral* (1751) y un escrito más breve sobre las pasiones. Su escepticismo (que Hume siempre definió como moderado y no pirroniano, pero que le aparta totalmente de otros empiristas como Locke o Condillac) provocó un intento fracasado de excomunión en 1755 y su renuncia al cargo de bibliotecario de la Universidad de Edimburgo.

El mundo germánico y otros países

En el segundo cuarto del XVIII, la Ilustración comienza a penetrar en otros países. Ciertamente en el mundo germánico cuesta considerar como “auténticos ilustrados” al deísta wolffiano Reimarus (1694-1768) o el poeta y crítico afrancesado Johann Christoph Gottsched (1700-66).

Pero ya se pueden considerar ilustrados al matemático y filósofo francés, presidente de la Academia de Ciencias de Berlín e introductor del newtonianismo, Pierre Moureau de Maupertuis (1698-1759); al emperador aficionado a la filosofía, Federico II (1712-86); al maestro de Kant, Martin Knutzen (1713-51), y al creador de la estética moderna, Alexander Baumgarten (1714-62).

En el resto de países comienza a haber un número apreciable de intelectuales ilustrados. El sueco Linneo (1707-78), por luchas profesionales, se exilió a Holanda, donde produjo sus trabajos más importantes. Concibió su clasificación binaria y, de vuelta a Suecia, fue médico y botánico del rey y presidente de la Academia de Estocolmo.

El americano Benjamin Franklin (1706-90), a pesar de tener una vida muy larga y fructífera, produjo en este período (en el que se creó la Universidad de Pensilvania) las obras más filosóficas y la dedicada a la electricidad y los rayos.

También culturalmente Rusia comienza a incorporarse al mundo europeo y a la Ilustración con el escritor, científico y gramático Mijail V. Lomonósov (1711-1765).

También aparecen los primeros ilustrados hispánicos (que significativamente nacen en los territorios más burgueses de la periferia española como Asturias —minas, puertos— y Cataluña). Feijoo publica entre 1726 y 1740 *Teatro crítico universal* y entre 1742 y 1760 *Cartas eruditas y curiosas*; Mayans, en 1737, publica *Orígenes de la lengua española* y, entre 1737 y 1742, edita el *Diario de los literatos* a imitación del *Journal des Savants*; y Torrente y Villarroel publica su *Vida* en 1743 y 1751

El rococó

El segundo cuarto del siglo XVIII es en arquitectura, decoración y artes plásticas el momento del arte cortesano por antonomasia: el rococó. Sucede al barroco y, significativamente, es casi inexistente

en Gran Bretaña, mientras que triunfa en Austria y en la Alemania meridional (los arquitectos J. B. Neumann, D. Zimmermann y J. M. Fischer, cuyas iglesias más conocidas se edificaron entre 1730 y 1767), a pesar de partir de Francia. Podemos incluir el arquitecto Oppennot, los orfebres T. Germain y J. A. Meissonier, los pintores Watteau (1684-1721), Boucher, Chardin y Tiepolo (frescos al Palacio Real de Würzburg 1750-1753). En música se acaba la producción de Antonio Vivaldi (1678-1741) y de J. S. Bach (1685-1750), mientras que culmina la de G. F. Haendel (1685-1759).

TRIUNFO Y AUTOCRÍTICAS (1750-1774)

En la mitad del siglo XVIII, la Ilustración parece haber logrado su mayoría de edad, como lo muestran la decisiva publicación de la *Enciclopedia francesa*, la aparición de nuevos pensadores de gran éxito como Rousseau y, culminando en 1774, la independencia de las colonias inglesas norteamericanas (presentada como defensa de la libertad y con un importante apoyo de Francia).

Por otro lado, también se puede considerar un signo de mayoría de edad el hecho de que comiencen a aparecer las primeras autocríticas. Además, ya no se hacen desde posiciones conservadoras o retrógradas, sino en el seno de la misma Ilustración que en gran medida se reinventará a través de una nueva y potente generación de filósofos.

La expansión británica y rusa

En los aspectos económicos y políticos internacionales, la segunda parte del XVIII ve la clara consolidación del predominio británico. Ha impuesto su visión del equilibrio continental europeo, al mismo tiempo que usa su potencial marítimo y financiero para garantizarse el predominio colonial.

Al finalizar la guerra de sucesión austriaca, la paz de Aquisgrán (1748) deja problemas no resueltos y a Francia y Austria

insatisfechas. Con la pérdida de Silesia, Austria sale perjudicada territorialmente y no se resigna a la pérdida del papel de heredera más directa del imperio germánico, especialmente cuando se ve reforzada con su expansión a costa del imperio turco. Permanece así abierta la lucha por el predominio en el continente, ya que las grandes monarquías tradicionales –Francia y Austria– deberán competir con las potencias emergentes: Prusia y Rusia. Como hemos expuesto, muy significativamente, todas juegan al despotismo ilustrado, en un esfuerzo competitivo para maximizar la producción del propio país (“todo para el pueblo”) desde arriba y afirmando el control monárquico central sobre todo el Estado nación (“sin el pueblo”).

Un complejo equilibrio de intereses se manifiesta en la Guerra de los Siete Años (1756-63). Austria y Francia se alían para formar un frente antiprusiano, y provocan que Federico II pacte con los británicos. Es la inversión de las alianzas tradicionales, pero la cadena de alianzas paneuropea funciona mecánicamente. Al constatarse el poder y la eclosión de Prusia como gran potencia, Gran Bretaña (que quiere evitar cualquier predominio en el continente) le retira su apoyo.

Eso iguala a los luchadores en una guerra de desgaste que lo acaba dejando todo bastante igual. Eso sí, aumenta la influencia de Rusia y el descontento interno en Francia (que pierde las colonias de Canadá y la India ante los británicos hacia 1754) y las críticas al antiguo régimen se hacen públicas y notorias. También todo el mundo percibe que Gran Bretaña añade el predominio colonial al marítimo tradicional.

En el continente, sin embargo, el mundo germánico manifiesta un fuerte impulso, y supera finalmente las terribles consecuencias de la larga serie de guerras que lo habían asolado en el último siglo. Su futuro vendrá marcado por la rivalidad entre Austria y Prusia. Asombrosamente, a pesar de que la

primera parecía partir con ventaja, acabará ganando Prusia. Será un proceso muy largo, pero en este período, Federico II pondrá las primeras piedras pasando a ser el modelo de “déspota ilustrado” y ayudará a recuperar la confianza del mundo alemán. También hay que tener en cuenta que Austria se verá muy afectada por sus conflictos con sus territorios no alemanes.

La nueva gran potencia, Rusia, prácticamente culminará en 1790 su expansión territorial por Siberia, Ucrania y los antiguos territorios turcos. Ya en 1764 había impuesto su candidato al trono de Polonia, que se convierte en un protectorado ruso encubierto. Conquista a partir de 1768 Moldavia y Valaquia (Rumanía y alrededores) a los turcos, lo cual despierta las sospechas austriacas: primera partición de Polonia (1772, seguida de las de 1793 y 1795). Rusia se asoma hacia el mar Negro, se anexiona el Azov, Crimea y la franja costera, e incluso se convierte en la potencia protectora de los países ortodoxos balcánicos.

Por lo que respecta a la corona española, continúa perdiendo fuerza a pesar de las importantes reformas administrativas de Carlos III y sus ministros Esquilache, Floridablanca, Campomanes y Aranda. En 1762 se levanta el monopolio de Cádiz para comerciar con América, pero la modernización estatal queda bloqueada en 1766 por el llamado “motín de Esquilache” inducido por la nobleza y el clero “en contra de la opresión de los reformadores”. En Portugal, el ministro Pombal impone el “despotismo ilustrado” y logra controlar relativamente a nobles e iglesia.

En resumen, con las expansiones extraeuropeas de rusos y británicos, pero sobre todo con las guerras en las colonias y la independencia de las trece norteamericanas, queda claro que Europa ha dejado de ser el único escenario mundial. Precisamente en la época en que se producen los últimos grandes

descubrimientos geográficos marítimos, pasan a primer lugar los conflictos entre las compañías comerciales. Desplazando a españoles, portugueses y holandeses, franceses y británicos rivalizan en América y en todas partes.

Como hemos visto, resulta, a partir de 1754, la que podemos calificar seguramente de primera guerra mundial, ya que se produce al mismo tiempo en Europa y en las colonias, que acabará favoreciendo a Gran Bretaña y deshará el primer imperio comercial francés: pérdida de Quebec y Montreal, las Antillas francesas, Senegambia, los enclaves indios y —temporalmente Louisiana— con la cual debe compensar a su aliada España, que ha perdido Florida.

Ha triunfado la inteligente política británica de ceder el continente, pero manteniendo un equilibrio, a cambio de dominar totalmente los mares, la expansión colonial y el comercio internacional. Este período sería uno de los más dulces de Gran Bretaña si no fuera porque acaba con un serio aviso para el futuro que, en el fondo, también lo era para toda la Europa colonizadora: la emancipación de los futuros Estados Unidos (1774), que representará la aparición de la primera nueva gran potencia extraeuropea moderna.

La segunda generación ilustrada

A inicios de la segunda mitad del XVIII, la Ilustración parece obtener grandes éxitos. En la corte francesa hay un relativo “libertinaje” mientras Madame de Pompadour es la favorita (entre 1745 y 1764) de Luis XV. Hay que recordar que la Pompadour ayudará a ilustrados y a la Enciclopedia, y atacará a los jesuitas. También es saludado como un éxito explosivo el gran acontecimiento cultural de este período: la Enciclopedia francesa. Publicada entre 1751 y 1772, logra vencer las prohibiciones y vender veinticinco mil ejemplares

hasta 1782, cosa que representa unos 900.000 volúmenes. Sus directores son los filósofos d'Alembert —también matemático—, que redacta su *Discurso preliminar*, y Diderot, que será su alma y el que concibe que se dedique especial atención a “las ciencias, las artes y los oficios”.

Tienen un gran impacto los dos innovadores volúmenes de grabados sobre herramientas, utensilios, métodos agrarios, artesanos y protoindustriales, con su grafismo pueden llegar a las clases poco letradas. También se considera a menudo un gran éxito de las ideas ilustradas la supresión papal de la Compañía de Jesús en 1773, que antes ya había sido expulsada de Portugal, Francia y España, pero hoy está claro que más bien se produce por que se la veía “como un Estado dentro del Estado”.

El estallido de la Ilustración escocesa

La Ilustración británica continúa con el agudo y ácido Laurence Sterne (1713-1768) y su *Tristram Shandy* (1760-1767) y un muy importante estallido en Escocia, seguramente debido al calvinismo y al especial cuidado de la alfabetización popular por parte de las parroquias. Thomas Reid (1710-1796) es el creador, en 1758, de la escuela escocesa del sentido común.

Hume se consagra con su *Historia de Inglaterra*, publicada entre 1754 y 1761 y que muestra una tendencia anticlerical. En 1757 publica *Cuatro disertaciones*, que incluye *La historia natural de la religión*. A partir de 1761 es secretario del embajador británico en París, de donde regresa en 1766 con Rousseau de invitado, pero surge un conflicto entre ellos. El amigo y editor de las obras póstumas de Hume, también escocés, Adam Smith (1723-1790), publica en 1759 una influyente *Teoría de los sentimientos morales*, mientras que el sustituto de Hume en la

Biblioteca de Edimburgo, Adam Ferguson (1723-1816) edita en 1767 *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil*.

Ciertamente el número de grandes ilustrados británicos parece reducirse con respecto al período anterior sin embargo, con el antecedente de Hume, aparecen escritores bastante autocríticos con los nuevos tiempos como el irlandés Oliver Goldsmith (1728-1774), el cual, con gran dramatismo, presenta un héroe injustamente desdichado en *El vicario de Wakefield* (1766) y critica el desposeimiento de los campesinos por los cierres agrarios en *Deserted Village* (traducible por *La villa abandonada*, 1770).

Los ‘hijos’ de Voltaire

En Francia continúa la larga y exitosa producción de Voltaire, que se ha convertido en una referencia europea y popular. Consagra un nuevo tipo de intelectual: un libre pensador —no necesariamente muy profundo— que no trabaja escondido sino públicamente, con todo tipo de obras “de incidencia social”: panfletos, cuentos, poemas sarcásticos, artículos críticos, diccionarios “personalizados”, y que, consciente de haber alcanzado un gran eco, se compromete con la tarea de crear conciencia crítica y liderar el nuevo fenómeno de “la opinión pública”.

Desde esta perspectiva se debe valorar a Voltaire tanto por el *Tratado de tolerancia* (1763) o el *Diccionario filosófico* (1764) como por haber logrado la rehabilitación póstuma del comerciante protestante Calas, descuartizado vivo injustamente, y haber defendido públicamente el Caballero de la Barre, quemado por no haberse arrodillado al paso de una procesión. Ciertamente, Voltaire se niega a criticar la propiedad y a afirmar que todos los hombres sean iguales, como hace Rousseau, pero se muestra más crítico con la religión (su consigna al respeto es

écraser l'Infâme). También se mostraba muy crítico y polémico en famosas sátiras como las dedicadas al terrible terremoto de Lisboa de 1755 y a Leibniz (*Cándido o el optimismo*, 1759).

Seguramente si en un género Voltaire centra sus obras más ambiciosas es en la historia (escribió la entrada “Historia” para la Enciclopedia). *El siglo de Luis XIV* (1751), pese al chauvinismo del título, adopta una perspectiva de historia universal, estudiando “el espíritu de los hombres en el siglo más ilustrado que ha habido nunca” ya que se trata de “conocer la historia de los hombres en lugar de conocer una pequeña parte de la historia de los reyes y de las cortes”. También hay que destacar *El Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* (1756-1769), ambicioso proyecto que va rehaciendo toda la vida y que incluye —como introducción de la edición de 1769— *La filosofía de la historia*, con un análisis comparado que relativiza el Antiguo Testamento y la importancia histórica del pueblo judío. *El Ensayo* investiga “el espíritu, las costumbres, los usos de las naciones principales” y rechaza el materialismo o determinismo climático de Montesquieu, ya que “el imperio de la costumbre es más vasto que el de la naturaleza”.

Entre 1762 y 1764, en Versalles se construye el nuevo palacio llamado Pequeño Triannon, coincidiendo con el comienzo de una mínima incidencia en la corte por parte de la Ilustración francesa. Ésta parece lograr ahora una influencia que, de hecho, los británicos ya habían obtenido medio siglo antes. Sin embargo, eso sí, ahora los ilustrados franceses parecen superar —por lo menos en número— a los británicos.

Es el momento del triunfo del fisiócrata partidario de *laissez faire* y médico real Quesnay (1694-1774); del naturalista que rechaza la inmutabilidad de las especies y la descripción bíblica de la creación Buffon (1707-1788); del materialista y antiespiritualista La Mettrie (1709-1751); del influyente empirista radical Condillac (1715-1780), que afirma que sólo

concediendo un sentido como el del olfato a una estatua esta acabaría generando todo el resto de facultades humanas; del agudo autor de *Sobre el espíritu* Helvetius (1715-1771); del matemático y filósofo D'Alembert (1717-1783). También en este período inician su trayectoria pública famosos ilustrados moderadamente reformadores como Turgot, Mirabeau o Necker, que llegarán a ser ministros reales y cuyo fracaso conducirá sin remedio a la revolución.

La autocritica de Diderot y Rousseau

Las nuevas generaciones que eclosionan con la segunda mitad del XVIII ahondan y al mismo tiempo reinventan la Ilustración. Llevan a cabo una profunda autocritica al mismo tiempo que introducen nuevos elementos y espíritu (ya un poco romántico). Esto se notará especialmente en la producción más creativa y personal de Diderot (1713-84), que permaneció sin publicar en vida: algunos “Salones” (el significativo nombre que dio a su crítica de arte, que crea el género), *La religiosa* (1760), *El sobrino de Rameau* (1761), *Suplemento al viaje de Bougainville* (1772), *Jacques el fatalista* (1773), *Entrevista de D'Alembert y de Diderot*, *El sueño de D'Alembert*, *Paradoja del comediante* o *¿Es bueno, es malo?* Sin embargo, a parte de su obra inédita y como editor, ya las obras efectivamente publicadas hacen de Diderot uno de los filósofos clave de este momento.

En los *Pensamientos filosóficos* (1746, publicados como anónimos), Diderot llega a planteamientos materialistas panteístas, considerando que “lo que no se ha examinado sin prevención, nunca ha sido bien examinado. El escepticismo es el primer paso hacia la verdad”. A causa de la publicación de la novela erótica (1748) *Les Bijoux indiscrets* y (1749) la *Carta sobre los ciegos para uso de los que ven*, fue encarcelado. Desde 1759 hasta

al 1781 hace la crítica de arte en la *Correspondence littéraire* especialmente sobre los salones de arte de París (desde 1667). Relaciona el arte con la sociedad y habla en diálogos directos e íntimos. Colabora en la *Historia filosófica y política del establecimiento y comercio de los europeos en las dos Indias* (1770) del abad Raynal, en el que se denuncia el despotismo y el colonialismo (prohibida por el parlamento de París en 1781). Afirma que después de los éxitos de la erudición, la poesía, la metafísica, la geometría, la física, las ciencias naturales y la química es el momento de desarrollar “las cuestiones de gobierno, de legislación, de moral, de política y de comercio” ya que, en las nuevas “sociedades mercantiles, el descubrimiento de una isla, la importación de una nueva mercancía, la invención de una máquina, el establecimiento de una factoría, la invasión de una rama de comercio, la construcción de un puerto pasarán a ser las transacciones más importantes y los anales de los pueblos deberán escribirlos comerciantes filósofos”. Entre 1772 y 1774 vivió en San Petersburgo, en relación con Catarina la Grande.

Es conocido que Rousseau (1712-1778) concibió el *Discurso sobre las ciencias y las artes*, ganador del concurso de la Academia de Dijon en 1750, mientras iba a visitar a Diderot en prisión. Este escrito, que lo hizo famoso, ya manifestaba un estilo y una mentalidad que examinaba la Ilustración de una manera más crítica, profunda y ambivalente. Con la evolución de Rousseau nos encontramos con uno de los más claros signos del cambio de mentalidad que se produce al final de este tercer período en el que hemos dividido la Ilustración.

Rousseau, a pesar de manifestar ciertamente una actitud personal permanente, percibe muchas de las contradicciones ilustradas, lo cual le llevará a anticipar el Romanticismo. Rousseau muestra dos claras épocas: una (entre 1750 y 1764) cae más del lado ilustrado, y una segunda (a partir de 1764 hasta

1789) ya es protoromántica. En la primera, además del primer discurso, publica con gran éxito el *Discurso sobre el origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres* (1754), la *Nueva Eloísa* (1761, en la que hay la queja ya prerromántica de Saint-Preux: “¡Oh, sentimiento!, ¡sentimiento! ¡Dulce vida del alma!”), el *Contrato social* y el *Emilio* (los dos de 1762).

En este momento en el que Rousseau ha alcanzado un enorme prestigio e influencia, es condenado por el Parlamento de París, sus libros son quemados públicamente y debe huir. En 1765 también es expulsado del territorio prusiano-suizo, después de que su casa es apedreada, y debe volver a Francia. Todos estos dramáticos incidentes acentúan la muy fuerte sensibilidad y tendencia a la frustración social de Rousseau. Así, a pesar de que muchos indicios ya existían antes, pasó a oponerse más radicalmente a la sociedad y a cerrarse en sí mismo. Solitario, examina su yo con crudeza y patetismo, al mismo tiempo que acentúa la crítica a la sociedad y la cultura.

A partir de las *Letras de la montaña* de 1764 manifiesta un estilo y un espíritu mucho más romántico, que en la época no se hará lo suficientemente evidente porque las obras permanecerán en gran medida póstumas: las *Confesiones* (escritas en 1767, pero publicadas en 1781), *Diálogos* (para justificarse delante del opinión pública 1772-1775), *Sueños de un paseante solitario* (1778, inacabadas).

Las otras Ilustraciones

En la segunda parte del siglo XVIII, el mundo alemán comienza a incorporarse a la Ilustración pero con notables especificidades. Se mantiene una clara alianza entre filosofía y religión (a diferencia del antagonismo francés y en general).

La influencia del pensamiento científico es menor ya que Alemania se muestra poco desarrollada en ciencia.

Los ilustrados son mayoritariamente profesores, pastores y funcionarios, y se explica el control de los gobiernos a través de las universidades, la iglesia y la burocracia. Muy vinculado a todo eso, el tipo de filosofía dominante conserva un carácter escolar, elaborado y erudito, además de antiintuitivo, especulativo e, incluso, místico.

Más adelante, al tomar conciencia de la imposibilidad de ver convertidos en realidad sus anhelos de emancipación política y ante la secularización creciente, muchos pensadores (que a menudo son hijos de pastores luteranos) reaccionarán buscando el absoluto en unas filosofías y literaturas metafísicas, especulativas e idealistas que dan gran importancia al yo y están más vinculadas al espíritu romántico (otro de los motivos de la especificidad alemana).

En coherencia con la mentalidad ilustrada y potenciando la perspectiva neoclásica, Winckelmann (1717-1768, que había participado en las excavaciones de Pompeya) da la visión más apolínea de la Grecia clásica en *Historia del arte entre los antiguos* (1764). Pero apenas dos años después, Lessing (1729-1781) comienza a matizarla (más ¿protorománticamente?) en el *Laocoonte*. No obstante, Lessing es el ilustrado alemán más influyente, y publica en 1753 *El cristianismo de la razón* y, entre 1767 y 1769, la *Dramaturgia de Hamburgo*.

El joven profesor Kant (1724-1804), influido por el newtonianismo pero aún inscrito en el racionalismo wolfiano, desarrolla la hoy denominada tesis de Kant-Laplace sobre el origen de galaxias, estrellas y planetas en *Historia general de la naturaleza y teoría del cielo* (1755).

Por otro lado, el ya consagrado Linneu retorna a Suecia con todos los honores y preside la Academia de Estocolmo,

y en 1760 se funda la Real Sociedad Científica noruega en Drontheim.

En América del Norte, se funda la Universidad de Columbia (1754), y Benjamin Franklin es nombrado embajador en Europa de las nuevas repúblicas independientes y publica *Piezas políticas, misceláneas y filosóficas* (1770).

En Italia, Cesare Beccaria (1738-98) se convierte en el prototipo ilustrado de crítico y reformador del sistema penal al publicar (1764) su influyente *De los delitos y de las penas*.

En Rusia se crea la Universidad de Moscú y se construye el Palacio de Invierno en San Peterburg (1754-62), pero también los terratenientes adquieren el derecho a enviar a Siberia a los campesinos rebeldes (1759).

El neoclasicismo

En plástica el sobrio –y más burgués– neoclasicismo comienza a desplazar al cortesano rococó. De la misma forma que es clara la concomitancia entre rococó y los cortes absolutistas, también hay cierta semejanza entre los ideales del neoclasicismo y de la Ilustración ya que ésta coincide con el neoclasicismo al ser (como dice Honour) “un movimiento regeneracionista, un intento de purificar el arte (o todo en general) y de crear un estilo de interés universal y validez eterna, y lleva muy arraigada la huella de su origen antirococó. De los que se esforzaban para llevar a la práctica su ideal de perfección, austero y de lógica concepción, se decía que estaban en la *bonne route*.” A pesar de iniciarse a mediados de siglo XVIII, el neoclasicismo sólo culminará a partir de 1790 y pasará a ser el arte oficial de la Revolución francesa (quizá por esos valores identificables como austeramente “republicanos” e “ilustrados”). Por otro lado, en música Gluck crea un nuevo estilo de ópera con *Orfeo y Euridice* (1761).

En España, el padre Isla publica *Fray Gerundio de Campazas*, aparece en Madrid el *Diario noticioso, curioso, erudito y comercial* (1758), se crea la fábrica de cerámicas del Retiro (1759) y

Tiepolo pinta el Palacio Real de Madrid (1762). También se crean la Real Compañía de Comercio de Barcelona (1756), el Colegio de Cirugía de Barcelona y la Junta de Comercio de Barcelona (los dos últimos en 1760).

EL INICIO DE LAS REVOLUCIONES (1774-1789)

A partir de 1774, la Ilustración parece consolidada y, en cierta medida, triunfando al considerarse que ya ha ganado algunas batallas célebres (por ejemplo, la Enciclopedia), el reconocimiento popular e, incluso, el cortesano. Parece haber entrado en la alta cultura “oficial”, ya que ha sido reconocida (a pesar de ser poco seguida) por algunos déspotas, en las cortes y en los salones ciudadanos. Incluso parece haber llegado al poder con ministros como Turgot (controlador general de finanzas de Luis XVI entre 1774 y 1776) o Necker.

Pero la Revolución francesa pondrá de manifiesto la limitación del ideal ilustrado de reformar pacíficamente la sociedad desde arriba, a base de convencer intelectualmente a los gobernantes. Las nuevas ideas, así como también las ambiciones políticas de la burguesía, lo tendrán mucho más difícil de lo que pensaban y deberán ganarse el espacio a través de un largo período de violentas revoluciones.

La independencia americana

La Revolución americana (1774-1783) y la digna figura de su embajador Franklin despiertan entre los ilustrados europeos la entusiasta convicción de la potencia emancipadora de las nuevas ideas. Quizá no son tan nuevas ni muy radicales

(por ejemplo, no se incluyen la abolición de la esclavitud, la igualdad social ni el voto popular), pero ya se perciben como venerables e, incluso, “naturales”.

En el *Bill of Rights* de Virginia (1776) se proclama que “Todos los hombres son libres por naturaleza, y poseen derechos innatos, concretamente el derecho a la vida y a la libertad, además de la capacidad para adquirir propiedades y conservarlas, así como querer y lograr la felicidad y la seguridad”.

Se expone una filosofía de los derechos humanos naturales inspirada en Locke: igualdad política, derecho a la vida, a la libertad, a la propiedad y a la búsqueda de la felicidad, respeto por los gobernados, derecho a la insurrección contra la tiranía, además de un largo memorándum con quejas contra la metrópoli. Y es que, si consideramos en conjunto las posiciones de los ilustrados del XVIII, seguramente sus ideas y valores (incluidas las limitaciones) son más próximos a los consagrados por la Revolución americana (que se mantiene bastante moderada) que no a los de la francesa (que pronto se radicaliza).

Seguramente es clave para esta evolución que, aún más que en Gran Bretaña, los grandes ilustrados americanos sean también hombres de acción con importantes cargos políticos y, por eso, coinciden notablemente con los llamados “padres de la Constitución”: Franklin, Madison, Hamilton, Jefferson, Jay. Son, ciertamente, hombres de ideas y de convicciones pero también —mucho más que los franceses y alemanes— propietarios burgueses que en gran medida se han hecho a sí mismos en un mundo que manifiesta una movilidad social impensable en Europa; todos eran inmigrados, hijos o nietos de inmigrantes.

Si parten del choque con un Estado dominador es porque éste tenía aún sus resortes en la lejana metrópoli, pero por lo que respecta al resto son ellos mismos los que lo están

construyendo día a día en el “nuevo mundo”. Por lo tanto se relacionan más positivamente con el Estado y lo ven como el resultado de la suma de sus acciones y decisiones individuales. Marcados por cierto espíritu de “frontera” y de las minorías religiosas que hubieron de abandonar el viejo mundo a la búsqueda de su “espacio de libertad”, mostrarán un instintivo rechazo a todo lo que podía parecer la imposición totalitaria de la “voluntad general” o el Estado por encima del individuo, como en Rousseau o los jacobinos.

Si bien ya la Ilustración europea, con la relativa excepción de la alemana, tiende a sustituir al tratado por los ensayos concretos, los panfletos y los artículos por periódicos, la americana parece prescindir totalmente del tratado para limitarse totalmente a los segundos. La gran ambición metafísica parece ajena a la ilustración americana, en la que tampoco parece que haya grandes pensadores indiferentes a la vida política y práctica.

Por otro lado, el proceso de independencia americana muestra el creciente poder del capitalismo de imprenta que, enlazando con la mentalidad popular, fue capaz de propagar las nuevas ideas y de sorprender a la lejana metrópoli inglesa. Ello dio gran potencialidad a opúsculos como el del británico emigrado a América del Norte y partidario de la independencia Thomas Paine (1737-1809), *Common Sens* (1776). Recomienda la ruptura con Gran Bretaña y la monarquía, y afirma que “más vale para la sociedad un hombre honrado que todos los rufianes coronados que hayan vivido jamás”. Además, se distingue cuidadosamente entre sociedad civil (agrupación legítima y primaria) y gobierno o Estado (que son meras delegaciones).

Ante la falta de las posteriores comunicaciones telegráficas, en la segunda mitad del XVIII el único vínculo con la metrópoli eran unos barcos que necesitaban más de un mes

para cruzar el Atlántico. Ello hizo que la metrópoli fuera poco hábil y no supo captar ni apaciguar el creciente descontento colonial. Posiblemente por eso fue muy ineficaz posteriormente cuando estalló el conflicto armado que, por el mismo motivo, le resultaba muy costoso.

Así se explica que después de que la armada francesa salvase al ejército de Washington en 1781 en Yorktown, los británicos negociasen con Franklin, John Jay y John Adams “en 1782, un tratado de paz asombrosamente generoso”, tal como lo expresa el escritor Gore Vidal.

En un principio, las trece antiguas colonias se vinculan mutuamente de una manera muy débil con los *Artículos de la Confederación*. Pero cuando unos veteranos del ejército se sublevan y reclaman el reparto de las tierras protegidas de su confiscación por Inglaterra gracias al esfuerzo conjunto de todos, y que por tanto deben ser patrimonio común de todos; propietarios, prohombres y padres de la patria se ponen de acuerdo rápidamente para constituir un nuevo Estado que impida la deriva desde los ideales lockianos hacia otros de más socializadores.

Así en pocos meses de 1787, un reducido comité de redacción entregaba la nueva Constitución “de mínimos” que se aprobó por unanimidad, dejando para más adelante una ampliación que acordase lo que dividía los delegados. De aquí la sorprendente y elogiada brevedad de la Constitución americana.

El ideal del progreso indefinido

A pesar de que algunas complejidades escapan a los ilustrados de la época, el proceso revolucionario americano parece mostrar —a menudo sorprendiendo a los mismos ilustrados— que es posible ir más allá del despotismo ilustrado. Por eso,

los éxitos de este y de posteriores procesos revolucionarios alimentaron cierto mito de la Ilustración que, ya dentro del ideal de progreso indefinido, parece no tener ningún límite. Pero de la misma forma que comienzan a penetrar nuevos elementos protorrománticos, la misma Ilustración tampoco deja de evolucionar.

Entre moralistas y protorrománticos

En Francia, Mably (1709-1785), el abad republicano que renunció al Ministerio de Exteriores invocando la tolerancia, publica en 1789 el libro *Los derechos y deberes de los ciudadanos*. También es el momento de la eclosión del materialista y ateo D'Holbach (1725-89) y del optimista defensor de los avances de la razón Condorcet (1743-94). Por otro lado, en 1781 se publica la novela *Las relaciones peligrosas* de Laclos (1741-1803).

En Gran Bretaña el moralista Adam Smith (1723-1790) inaugura una nueva ciencia –la economía política– al publicar la “biblia” del liberalismo posterior: *Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* (1776). El historiador más famoso de este período es el británico Edward Gibbon (1737-94) con los seis ambiciosos volúmenes de *Decadencia y caída del Imperio romano*, publicados entre 1766 y 1788, que presentan los procesos de decadencia –como el romano– como pequeñas paradas dentro del progreso general. A la escuela escocesa del sentido común, Dugald Stewart (1753-1828) sucede Reid.

A pesar de que, como vemos, la Ilustración británica continúa con buena salud, hay que apuntar que ya aparece un nuevo espíritu protorromántico con las novelas sentimentales de Samuel Richardson (1689-1761), la novela gótica de Horace Walpole (1717-97), las meditaciones macabras de Young (1742-1745), los *Poemas de Ossian* y la producción del escritor y

parlamentario británico Edmund Burke (1729-97), que pasará a ser el primer gran autor antiilustrado y antirrevolucionario.

En 1756 había escrito en contra de la idea de un Estado natural puro e individualista *Una vindicación de la sociedad natural*. Burke critica en la *Investigación filosófica sobre el origen de las ideas de sublime y de belleza* (1756) el racionalismo y clasicismo de la estética ilustrada, reivindicando el aspecto no racional de la percepción estética (especialmente en lo sublime, pero también en lo bello).

Algunos ‘iluminados’

A menudo se exagera la uniformidad de la Ilustración y, aún más, del XVIII bajo el mito de “siglo de la razón” ya que proliferaron los “iluminados” quizá tanto como los “ilustrados”. Hay que apuntar los famosos casos del místico sueco Swedenborg (1688-1772), creador de la Nueva Jerusalén y que llamó la atención del mismo Kant; el alquimista y médico Cagliostro (1743-1795?), fundador de la “masonería egipcia”; el médico que curaba con fluidos magnéticos, Mesmer (1734-1815), y también Gassner o Schuppach. Hay que avisar contra de la tentación de relacionarlos directamente con el surgir del romanticismo, ya que quizá son más bien la otra cara del racionalismo ilustrado. Hay que tener en cuenta que muchos triunfaron sobre todo en “el ilustrado” París.

Kant, Herder, Goethe y Schiller

A pesar del antecedente protorromántico de Rousseau, es especialmente en Gran Bretaña y en Alemania donde comienza a proliferar el espíritu prerromántico ya en el período anterior a la Revolución francesa.

Aquí destacará pronto Herder (1744-1803), que influirá mucho en el joven Goethe (1749-1832). Herder pasará a ser pronto famoso por sus estudios literarios, con el escrito *Sobre el origen del lenguaje* (1772) y sus ambiciosas y antiilustradas obras *Aún otra filosofía de la historia de la humanidad* (1774, contra

Voltaire) e *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad* (1784-1791, ya claramente contra Kant). Coincidiendo con su amistad juvenil con Herder, Goethe vivió su momento más romántico con *Los sufrimientos del joven Werther* (1774) y las primeras redacciones (1775, pero no publicadas) del *Fausto*, el ambicioso proyecto que elaborará durante toda su vida.

Schiller (1759-1805) estrenó con gran éxito *Los bandidos* en 1781 cuando todavía no había entrado en contacto con Goethe. Éste comienza a evolucionar clasicistamente al ganarse la confianza del duque de Weimar, que lo hará consejero plenipotenciario, y coincidiendo con el viaje a Italia de 1786.

Quizá porque ya ha aparecido el *Sturm und Drang* (expresión que quiere decir “tempestad e impulso” y que como el actual “Rock and roll” privilegia la fuerza de la expresión al significado) prerromántico y antiilustrado, es en el mundo germánico donde se inicia la autoreflexión de la Ilustración como actitud, movimiento y período histórico. Lo propició también la convocatoria, en 1783 y en Berlín, de un importante concurso en el que participará el ilustrado judío Mendelssohn (1729-1786). Sin ganar, brillará Kant al acuñar la consigna ilustrada *sapere aude!* que se puede glosar así: “¡sé capaz de usar tu razón sin la guía de otro!”.

La Ilustración germánica tiene ahora una gran fuerza. Comienza a producir el pedagogo Pestalozzi (1746-1827) y Lessing publica obras ilustradas tan importantes como el drama *Nathan el sabio* (1778, en la que, a partir de la parábola de los tres anillos —que simbolizan el cristianismo, el islamismo y el judaísmo—, reclama la tolerancia religiosa y aboga en favor de la religión natural); los *Diálogos sobre la francmasonería* (1778-1780) y el póstumo *La educación del género humano* (1780). Justo a la muerte de Lessing, el pietista radical Jacobi provoca un escándalo de grandes consecuencias filosóficas al denunciarlo como espinocista.

Ahora bien, sin duda el ilustrado alemán más importante es Kant que, en este período, ha dejado de ser un mero seguidor de Newton y Wolff para ser un filósofo hondamente creador. En 1781 ha publicado la *Crítica de la razón pura* que, como que es incomprendida, divulga publicando los *Prolegómenos a toda metafísica futura que quiera presentarse como ciencia*.

En polémica con su joven discípulo Herder, en 1784 Kant desarrollará su filosofía de la historia “en sentido cosmopolita”, y mostrará las dificultades pero también la imperiosidad de las esperanzas humanas de un progreso en la ilustración racional, aunque la plenitud (que incluye la paz perpetua internacional) nunca pueda ser totalmente alcanzada. Kant planteará una de las éticas más influyentes de todos los tiempos en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (1785) y en la *Crítica de la razón práctica* (1788). Y en 1790 aún se replantea su sistema crítico, mientras concibe la *Crítica de la facultad de juzgar*.

El resto de países

En el resto de países europeos, la Ilustración se expande pero también manifiesta nuevos rasgos protorománticos. Así en la Península Ibérica a partir de 1770 interaccionan la poética neoclásica (Cadalso) y la filosofía ilustrada con Meléndez Valdés y Jovellanos, que redacta en 1795 un importante *Informe al expediente de ley agraria* y que ya había publicado *El delincuente honrado*. Sin embargo, significativamente, el Cadalso de *Los eruditos a la violeta* (1772) deja póstumamente (1789) las *Cartas marruecas* (inspiradas en Montesquieu, miembro de la primera generación ilustrada) y las *Noches lúgubres* (inspiradas en Young, de la primera generación romántica).

También en la Península Itálica coinciden Beccaria y el grabador Piranesi (1720-1778) con sus alucinantes y colosa-

les *Prisiones* (1745-1760), y con sus grabados de gran formato sobre ruinas clásicas: *Vistas de la Roma antigua* (1756) o *Vistas de Paestum* (1778).

Camino del romanticismo

En las artes plásticas sólo podemos apuntar improvisadamente que, en el período entre las revoluciones americana y francesa, el neoclasicismo logra sustituir al rococó en las cortes afrancesadas, pero no se acaba de imponer en el resto de países europeos. Así, en Gran Bretaña —que no había tenido un gran rococó— tampoco se impone el neoclasicismo y, en cambio, se desarrolla una tradición más romántica que enlaza con el gótico. Goya (1746-1828) trabaja como cartonista para la Real Fábrica de Tapices de Madrid (1772-1792). En el mundo germánico más popular —fuera de las cortes de modelo versallesco— se impone un estilo más historicista y romántico, ya sea en versión cristianogótica o en una versión —normalmente más pagana— que resalta el misterio del dórico.

En música, hay que acordar que éste es el momento culminante de la creación de W. A. Mozart (1756-1791, *Don Juan*, *La flauta mágica*, en la que introduce símbolos masónicos) y, aunque continuará produciendo, de Joseph Haydn (1732-1809, *Orfeo y Eurídice*).

La revolución desapercibida

Entre las revoluciones americana y francesa, de una manera menos espectacular y difusa pero quizá con consecuencias de más gran alcance, hay que situar los primeros momentos de otra “revolución”: la industrial. Quizá porque sólo tendrá un alcance considerable en el quinto y último período en el que hemos dividido la Ilustración, la revolución industrial no se le suele relacionar mucho (asombrosamente, tampoco en exceso con el Romanticismo a pesar de que se encabalgan durante todo un siglo). Seguramente la causa se encuentra en la tradición de separar los aspectos más tecnológicos, materiales

y productivos de las ideas y los movimientos culturales. Hay que compensar esta tendencia tan errónea.

Por qué surgió la revolución industrial

En el aspecto industrial y fabril la innovación también se inicia en Gran Bretaña, por la afortunada conjunción de una sociedad que:

- ha asumido muy bien los valores burgueses y capitalistas (la nobleza y la alta burguesía han emparentado y han unido sus intereses muy pronto);
- ha llevado a cabo una importante reforma productiva del campo y la agricultura (a pesar de los costes sociales del “cierre de tierras”);
- tiene una importante acumulación de capital por su comercio marítimo y por las colonias;
- ha incorporado y asumido los grandes mecanismos financieros (lonjas de contratación, letras de cambio, empresas por acciones, Banco de Inglaterra);
- goza de una estructura política eficiente y que pacifica la sociedad (monarquía constitucional con gobierno parlamentario representativo y garantías jurídicas tanto para las personas como para las propiedades);
- dispone en abundancia de agua (con saltos hidráulicos) y de carbón (para las nuevas máquinas de vapor);
- tiene una población altamente alfabetizada y una culta clase alta implicada en la producción y la innovación.

En conjunto estos rasgos marcan la diferencia respecto de la Europa continental y especialmente de Francia que, como mínimo, manifestarán un retraso de medio siglo en la industrialización, a pesar de que se acabarán añadiendo a ella con

fuerza. Avisamos que seguramente la conjunción de los rasgos mencionados es más importante que ningún invento concreto, ya que por ejemplo el desarrollo de la tecnología del vapor se hace antes de que se descubra la teoría (la termodinámica fue fundada por Sadi Carnot en la Escuela Politécnica de París el 1820).

Entre las innovaciones tecnológicas, destacamos la máquina de vapor de James Watt (con condensador en 1769 y con regulador centrífugo automático en 1787), la mecanización del hilado de lana y algodón (en 1764 una rueda manual con ocho husos, en 1769 hiladoras movidas hidráulicamente y en 1779 Crompton, con la “*mule-jenny*”, une y potencia las dos aportaciones) y las primeras máquinas de tejer (en 1785 de Cartwright y el 1805 de seda de Jacquard).

La primera fábrica mecanizada de vapor (una hiladora) se construye en 1785 en Nottingham. No hay que olvidar que, a partir de 1750, en Inglaterra se sustituye al carbón vegetal por el mineral en la forja del hierro, la cual es oxigenada mecánicamente (en 1776 en Inglaterra y en 1786 en Francia). También en 1776 se construye el primer puente de hierro, y, más adelante, en 1784 se descubre la pudelación que elimina el carbón y hace más resistente el hierro (inicio del acero).

REVOLUCIÓN FRANCESA: ENTUSIASMO Y TERROR (1789-1806)

La Revolución francesa transforma profundamente la Ilustración ya que, si bien por una parte se realizan –o más bien se esgrimen– muchas ideas ilustradas, por otro lado se muestran sus límites y, al radicalizarse, se acelera el proceso superador. La ambivalencia de la revolución, tal como se produjo, se hace presente bastante pronto para casi todo el mundo. Por eso, incluso entre los ilustrados, el proceso revolucionario provoca dosis muy similares de entusiasmo y de terror.

Muchas ideas, concepciones, esperanzas, apuestas, ingenuidades de la Ilustración de hasta entonces, se ven superadas y frustradas por los acontecimientos. El ideal inicial de una metamorfosis social y política tan completa como pacífica es sustituido por la percepción de la necesidad de un mínimo de violencia. Después aparecerá el profundo cansancio de tanta violencia a menudo irracional y gratuita. Pronto la revolución comienza a devorar a sus hijos: primero son apartados realistas moderados como Mirabeau, Necker, La Fayette; después republicanos sinceros pero liberales como Condorcet (que, perseguido, se suicida), Paine (que vuelve a América) y Sieyès (que debe callar y sobrevive como puede). Más adelante, radicales “embarazosos” como los descristianizadores hebertistas, Olympe de Gouges y *sansculottes* más anarquizantes

(son guillotinado durante el Terror). Finalmente los mismos Robespierre, Danton o Saint Just son guillotinado. También podemos incluir los numerosos republicano o liberales sincero –más o meno moderado– que, si bien pueden salvar la vida, deben experimentar en cambio la toma del poder por Napoleón y la creación de su régimen policial.

El estadio inicial de fascinación e infinita esperanza que viven muchos revolucionario, viene seguido de otro de angustia ante la sospecha de que la emancipación podía disfrazarse de un nuevo tipo de totalitarismo opresor. Pocos ilustrado y, aún menos, revolucionario dudan de que la humanidad requería –casi como fuera– un cambio histórico, así como también que la culpa de tanta violencia no provenía solo de ellos sino de los que no admitían el más mínimo cambio; pero también pocos al final están completamente seguro de que aquella fuera la mejor manera de llevar a cabo la necesaria mejora.

Las diferencias con la Ilustración

Hay que superar el tópico que identifica totalmente Ilustración con Revolución francesa. En primer lugar, es útil recordar que al iniciarse en 1789, ya ha muerto prácticamente la totalidad de las primeras generaciones de ilustrado (Rousseau murió por ejemplo en 1778). Por otro lado, estas generaciones eran en general bastante moderado en las propuestas de reforma, seguramente porque eran conscientes de las pocas transformaciones profundas que ya habían alcanzado. Eran conscientes que trabajaban para un futuro a largo plazo y por eso, seguramente, la radicalización de después de 1789 habría sorprendido a la mayoría.

Recordemos que Diderot (quizá uno de los más radical) definía lúcidamente y con ambivalencia la condición del filósofo ilustrado, afirmando: “Si el filósofo habla en vano para el momento presente, escribe y piensa útilmente para el porvenir”. “Entiendo las cosas bien, las juzgo bien, y el tiempo siempre acaba dando la razón. No os riais: soy yo quien anticipa el futuro y quien sabe su pensamiento”. Pero “saber como deberían ser las cosas es propio de un

hombre sensato; como son, de un hombre experimentado; como cambiarlas para mejorarlas, de un hombre de genio”.

La inesperada radicalización

Las profundas e imprevistas convulsiones revolucionarias provocaron un acelerado cambio social y en las actitudes que iba más allá de los parámetros ilustrados tradicionales. Pusieron de manifiesto, por ejemplo, la dramática imposibilidad tanto del despotismo ilustrado como de un proceso de educación fácil y gradual de la humanidad hasta al momento que pudiese emanciparse pacíficamente. Pero es incuestionable también que, ante las conflictivas nuevas circunstancias, los revolucionarios tuvieron en las ideas de los ilustrados la más potente perspectiva de interpretación y de guía.

Seguramente, excepto antiguos planteamientos griegos o romanos, sólo las ideas ilustradas podían ser el marco de reflexión de los revolucionarios inmersos en el remolino del proceso. Si se había pensado la posibilidad de un magno y radical proceso de emancipación política —a pesar de las ingenuidades—, lo habían hecho los ilustrados y los revolucionarios británicos del XVII que lo habían anticipado.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que en 1789, en gran medida, la Ilustración ya era un mito. A pesar de que seguramente ya había producido sus grandes obras y que comenzaba a encontrar sus límites, la confianza en la Ilustración era no obstante más grande que nunca. Eran muchos los que estaban convencidos (y acontecimientos como la revolución americana o el progreso científico y cultural parecían demostrarlo) que las ideas ilustradas estaban llamadas a cambiar radicalmente la sociedad y la realidad entera. Resultan reveladoras las célebres palabras pronunciadas por Robespierre en 1794:

“Todo ha cambiado en el orden físico y todo debe cambiar en el orden moral y político”.

Pero así como la violenta Revolución es un fenómeno típicamente francés, la Ilustración no lo es. La Ilustración es un fenómeno global europeo que incluye, incluso, algunas élites de las colonias europeas, en especial americanas. En cambio, no se debe confundir la Revolución francesa con la americana o la inglesa “gloriosa”. Más que aquella, en muchos sentidos son éstas las que se mantienen en la línea de los valores ilustrados, a menudo limitados a la solicitud de tolerancia, de libertad de pensamiento y de opinión; de respeto por la propiedad, por las leyes promulgadas y por la igualdad formal —no total— de los individuos.

Por el visceral conflicto entre un antiguo régimen que no acepta el más mínimo cambio y unos revolucionarios radicalizados por la misma dinámica del proceso, éstos pronto tuvieron que hacer un rápido aprendizaje de puro ejercicio del poder y de lo que se ha llamado “realpolitik”. Por eso suenan asombrosamente extraños a los ideales ilustrados discursos como los de Danton: “Debéis castigar no sólo a los traidores sino también a los indiferentes; debéis castigar a cualquiera que sea pasivo en la República y no haga nada por ella, porque desde que el pueblo francés ha manifestado su voluntad, aquel que se opone está fuera de la soberanía, y aquel que está fuera de ella es enemigo”.

Por mucho que puedan resonar ideas y expresiones de Rousseau, hay que tener en cuenta la distancia entre su formulación teórica y abstracta, y su plasmación concreta y efectiva; aparte que también Rousseau no es —especialmente en política— el modelo de la mayor parte de los ilustrados.

No es extraño que muchos ilustrados, burgueses e incluso partidarios de la república, tanto británicos o americanos como alemanes o hispánicos, reaccionasen con terror a mu-

chas consignas y realidades del Terror jacobino. Pensamos en el siguiente discurso de Robespierre: “El hombre revolucionario sólo siente odio feroz contra el privilegio del particular a expensas del general, contra todo particularismo a expensas del centralismo de una voluntad única e indivisible”. O este de Desmoulins: “La guillotina es una máquina puesta al servicio del Terror, que (al mismo tiempo) es una máquina de gobierno que permite garantizar, hasta la llegada de la paz y la creación de instituciones, la buena marcha de la máquina de gobierno”, ya que “la relación que la guillotina mantiene con los cuerpos de sus víctimas es imagen de la operación quirúrgica que el gobierno revolucionario hace sufrir al cuerpo de la nación para regenerarlo”.

Las características de la Revolución

Hay que evitar la lectura retrospectiva exagerada que considera que había en el XVIII y en la Ilustración una necesidad de revolución —dice Chartier— “como si la revolución en sí fuera presente en el conjunto del corpus del conjunto de las ideas de la Ilustración”. Además, de esta manera se anula la originalidad y singularidad de la Revolución francesa, que durante bastantes años sorprendió a todo el mundo en su evolución.

Ciertamente, como hemos visto, la Ilustración es uno de los aspectos o condiciones que permiten inteligir la ruptura representada por la Revolución francesa, pero hay otros como la literatura creciente de denuncia del rey y la corte, el nuevo espacio político después de 1750, el cambio de leyes de la sucesión real en 1710 o la construcción de Versalles con todo el que representa.

El mito de una Ilustración que aspiraba y conducía a la revolución, es una construcción tanto de los ideólogos revolucionarios como de los antirrevolucionarios. Los primeros

se quisieron legitimar edificando una tradición que sólo podía desembocar en ellos, mientras que los segundos buscaron culpables de un acontecimiento que no podían admitir, escogiendo unas ideas ilustradas que no les gustaban.

En consecuencia y de acuerdo con la quizá excesiva valoración en aquella época del impacto de las ideas, se exageró la influencia de la Ilustración. Hoy, se tiende a pensar que las ideas ilustradas ayudaron a cambiar la sociedad durante el período revolucionario, pero en gran medida sólo gracias a una muy compleja dinámica social y política que incluye la bancarrota de la hacienda real; malas cosechas y hambres; el fracaso competitivo de Francia en relación con Gran Bretaña; la emergencia de un nuevo poder territorial y administrativo en manos de ricos burgueses y abogados, mientras la nobleza se encerraba en Versalles; las expectativas sociales y políticas brutalmente insatisfechas por un partido de la corte intransigente y que llega a oponerse al mismo rey y a los ministros, y más adelante los éxitos organizativos y militares de los revolucionarios, como la leva nacional o la confiscación y venta de las propiedades de los exiliados.

No es sólo que Ilustración y Revolución francesa son procesos que se alimentan y, en gran medida, que se radicalizan mutuamente, sino que en un segundo momento (por ejemplo con las invasiones napoleónicas) se repelen. Pensamos en la experiencia de los ilustrados “afrancesados” hispánicos o alemanes, cuando las invasiones napoleónicas provocan reacciones populares (evidentemente animadas por los conservadores) en contra suya y de las ideas ilustradas.

Hay que reconocer que, ante los radicales acontecimientos revolucionarios y sus consecuencias por todas partes, todos los actores y pensadores del momento reciben un impacto tan extraordinario que, a pesar de partir de ideas bastante similares y a menudo ilustradas, como es el caso de antirrevolucionarios

como Burke o Madame de Staël, los obliga a radicalizarse en una dirección u otra.

Parece muy claro que muy pocos de los ilustrados reivindicados por los revolucionarios habrían podido animar o simpatizar con los procesos más radicales de la Convención y, sobre todo, del Terror (los cuales en ningún caso no pudieron prever). No olvidemos que en algunos momentos radicalizados de la Revolución francesa aparecen ya conflictos que los estudiosos describen como proletarios, socializadores o anarquizantes.

Así el capellán *enragé* Jacques Roux (1752-1794) escribió que “los productos de la tierra, como los elementos, pertenecen a todos los hombres” y Babeuf (1760-1797) anima a hacer una nueva revolución “que será la última” en el *Manifiesto de los iguales*. También hay que recordar que, en gran medida más allá de la Ilustración tradicional, durante la Revolución aparecieron términos nuevos como democracia popular, soberanía nacional, derechos humanos, una fraternidad que evolucionaba hacia el concepto de solidaridad, o de total igualdad de los ciudadanos.

En definitiva, estamos básicamente de acuerdo con Roger Chartier, que sostiene que de la revolución fue constructora retrospectiva de la Ilustración y de su mito. El tópico del lazo entre Ilustración y Revolución nació, a propósito de la Revolución, de la conveniencia tanto de los revolucionarios para legitimarse como de los antirrevolucionarios para exorcizar unas ideas que les eran incómodas.

La Revolución francesa fue un proceso que sorprendió prácticamente por igual a todos sus artífices. Sólo así se entiende la participación sucesiva de capas sociales y de élites tan diversas y con intereses e ideales tan opuestos; sólo así se entiende el largo proceso de autofagocitación en que, los revolucionarios que hoy condenan a muerte a los antiguos re-

volucionarios “traidores”, son mañana condenados a muerte acusados también de haber traicionado a la revolución. Indiscutiblemente, rompiendo totalmente con la situación anterior, en unos tensos y muy intensos años, la dinámica política y social se impuso y fue muy por delante de la tranquila reflexión teórica o filosófica.

De Marat a Robespierre

Una consecuencia de la radicalización de las ideas y la aceleración de la historia que provoca la revolución es el importante cambio generacional que tiene lugar en Francia. Desaparecidos los grandes ilustrados anteriores, el revolucionario americano Thomas Paine y el radical Marat son de los pocos que enlazan los dos períodos.

Marat (1743-1793) será ahora clave con su influyente diario *L'ami du peuple*, pero ya había publicado —si bien con poco eco— *Un ensayo filosófico sobre el hombre* (1773, en inglés) y *Las cadenas de la esclavitud* (1774). Paine se incorpora a la revolución francesa como panfletista y como representante popular electo.

En 1790, Burke —el iniciador y líder del movimiento antirrevolucionario— publica su influyente *Reflexiones sobre la revolución en Francia*, en que ataca a la Ilustración revolucionaria por considerarla una mezcla de ateísmo y utopismo idealista abstracto. Por contra defiende la lenta evolución más pragmática y compatible con la tradición de los independentistas irlandeses o de la revolución americana.

En contra de las *Reflexiones* de Burke, Paine publica en 1791 la primera parte de *Los derechos del hombre*, mientras que en la segunda parte plantea sus principios políticos; el año siguiente publicará *La edad de la razón* y será fundador con Condorcet del periódico *Le Républicain*. Con el advenimiento del Terror,

Paine volverá a América, pero su compañero y girondino moderado Condorcet acabará suicidándose. Justo antes, Condorcet había redactado el *Esbozo de un cuadro histórico del espíritu humano*, en el que apostaba con optimismo por un futuro tan brillante para la humanidad que contrasta con el que debía prever para él mismo.

Enmanuel Sieyès (1748-1836) es uno de los más influyentes redactores de las primeras constituciones revolucionarias y, después de “sobrevivir” al Terror, uno de los valederos de Napoleón. Sus obras más importantes son de 1789: *¿Qué es el Tercer Estado?* y *Reconocimiento y exposición racional de los derechos del hombre y del ciudadano*.

El jacobino y roussoniano entusiasta Robespierre (1758-1794) dirigió con mano de hierro e incorruptible la revolución durante los momentos más duros del Terror. Fueron los principales instrumentos su verbo acerado y preciso, y el joven Saint Just (1767-1794), su mano ejecutora y autor del *Espíritu de la Revolución y de la constitución en Francia* (1791) y *Fragmentos sobre las instituciones republicanas* (póstumo).

Entre las mujeres revolucionarias hay que recordar Olympe de Gouges (1748-1793), que aparte de dirigir el periódico *L'Impatient*, fundó influyentes sociedades de “mujeres” y escribió muchísimo. Como que, a pesar de participar en los disturbios revolucionarios, las mujeres no pueden ser miembros de pleno derecho de la Asamblea Nacional (ellas sólo podían asistir como a público), Olympe de Gouges escribe su *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana*, como complemento reivindicativo a la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* de 1789.

Gouges reclama la igualdad de derechos entre hombre y mujer basándose en que todos son igualmente seres de razón; también recurre a la vieja reivindicación burguesa de reclamar los derechos correlativos a los propios deberes: “La mujer

tiene derecho a subir al cadalso; por lo tanto, debe tener el derecho de subir a la tribuna”. Adversaria de Robespierre, fue acusada de intrigas sediciosas y guillotizada.

El grupo de los ideólogos

Hemos recogido aquí algunos de los revolucionarios que dejaron más obra y reflexión escrita, y por eso prácticamente hemos prescindido de muchos que, como Danton (1759-1794), también tomaron decisiones e hicieron aportaciones jurídicas importantes, pero cuyo esfuerzo se concentra en la política real.

Durante el período revolucionario, pero más centrados en el aspecto teórico y muy vinculados a la Ilustración, debemos destacar el grupo de los ideólogos: Destutt de Tracy (1754-1836, *Elementos de ideología*, 1803-1805), Cabanis (1757-1808), Maine de Biran (1766-1824).

Tampoco podemos dejar de mencionar un escritor tan inclasificable como al mismo tiempo prototipo radical de una literatura libertina y pornográfica de gran circulación durante la Ilustración: el Marqués de Sade (1740-1814). A pesar de ser un residuo especialmente pervertido de la aristocracia del antiguo régimen, De Sade usó su verbo radical para ser aceptado como revolucionario durante un breve período, en el que escribió el panfleto *¡Franceses, un esfuerzo más si queréis ser republicanos!* incluido en *La filosofía en el tocador* (1795). Murió después de un largo internamiento en un hospital prisión donde se internaba tanto a asociales como a locos.

Hay que apuntar también la fundación durante la revolución de alguna de las instituciones modernizadoras más importantes: en 1794 de la Escuela Central de Trabajos Públicos convertida en la Escuela Politécnica en 1795, que

representó la consagración de la figura del ingeniero, en 1799 del Conservatorio Nacional de Artes y Oficios de París y, el 1800, del Banco de Francia (jel de Inglaterra era de 1694 y el de Amsterdam de 1609!).

En el mundo británico, ya marcado por la Revolución industrial y el tipo de capitalismo que presupone, podemos destacar como pensadores muy próximos a la Ilustración (frente a otros ya románticos): Bentham, David Ricardo o Malthus. Jeremy Bentham (1748-1832) pasará a ser progresivamente un autor clave: en 1789 publicará *Una introducción a los principios de la moral y la legislación*, así como también su propuesta de nueva organización arquitectónica y disciplinaria —de gran futuro— llamada *Panóptico*.

Gran parte de su producción posterior, sin embargo, ya se proyecta más allá de nuestros límites temporales y de la Ilustración clásica. Algo similar podemos decir de pensadores de la economía política como David Ricardo (1772-1823) y Thomas Malthus (1766-1834).

Por lo que respecta a los ilustrados españoles afrancesados o revolucionarios, hay que mencionar a José Marchena (1768-1821), que tuvo que refugiarse en París en 1793, donde se alinea entre los girondinos y, a partir de 1795, participa en el salón de Madame Staël y rechaza a Rousseau en favor de Adam Smith; Moratín (1760-1828, *La derrota de los pedantes*, 1789; *La comedia nueva o el café*, 1792, y *El sí de las niñas*, 1806), Sarmiento, De Andrés, Sempere Masdáu, Mayans y Sicar.

Es destacable Antonio Campmany (1742-1813) que participó con Olavide en la repoblación de Sierra Morena, fue secretario perpetuo de la Real Academia de Historia en Madrid y jugó un importante papel en las cortes constituyentes de Cádiz. Significativamente introdujo dos grandes y, en adelante, permanentes temas hispánicos: la defensa de los intereses comerciales catalanes que consideraba maltratados (en la

mejor historia económica del XVIII *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, 1779-92) y la “decadencia de España” (*Cuestiones Críticas sobre varios puntos de historia económica, política y militar*, 1807).

Algunos de los afrancesados suelen ser altos funcionarios y propietarios que se aproximan a José Bonaparte, defienden una monarquía constitucional (prescindiendo de la cuestión de las legitimidades) de modelo inglés, pero temen el caos y el Terror revolucionario. Quizá entre los más radicales hay que mencionar a León de Arroyal o Manuel de Aguirre.

Louis David, Goya, Constable, Turner

En Francia los periodos revolucionario y napoleónico ven triunfar un potente neoclasicismo, presidido por la figura de Louis David (1748-1825): *Asesinato de Marat* (1793), *Bonaparte en el San Bernard* (1800) y *La coronación de Napoleón* (1808). Sin embargo, en el resto de Europa se nota una importante deriva artística hacia el romanticismo: segunda etapa de Goya (1746-1828), en la que compagina los retratos reales, de Godoy, las “Majas” con la serie de grabados de *Los caprichos* (última década del XVIII), *Los fusilamientos de mayo* (1814), y las series *Los desastres de la guerra* y los *Disparates* (a partir 1810); aparición de los paisajistas románticos británicos Constable (1776-1837) y Turner (1775-1837); pintura romántica alemana, con C. D. Friedrich (1774-1840). Durante este periodo y especialmente en Alemana, hay una gran creación musical con Haydn (1732-1809) y Beethoven, que en estos años compone la Tercera sinfonía (*Heroica*).

¿Como acaba?

Si optásemos por una interpretación muy amplia y suprahistórica de la Ilustración, no tendría sentido acabar nuestro análisis aquí. Podríamos pensar en la Ilustración perviviendo hasta nuestros días igual que intuyéndola en toda la historia anterior de la humanidad.

Pero otra cosa muy diferente es si queremos captar lo específico del movimiento ilustrado que marcó el momento seguramente más importante de la Modernidad occidental, más o menos alrededor del siglo XVIII, y evitamos confundirlo con otros también muy importantes anteriores como la Revolución científica o el racionalismo del XVII, y posteriores, como el romanticismo, las filosofías de la sospecha o las propuestas más “arracionalistas” del XIX.

Así, la Ilustración aparece como un decisivo proceso de larga duración, diverso pero interrelacionado con otros procesos de gran alcance, que en conjunto definirán la historia humana.

Desde esta perspectiva —quizá más atenta a las diferencias históricas— vemos que, en el período revolucionario y napoleónico, la Ilustración ya sobrepasa claramente los conflictos básicos en los que se engendró y desarrolló, mientras que se entra en nuevos conflictos que no pudo prever. Entre estos últimos podemos apuntar que ante el reto revolucionario de apoderarse del Estado, en adelante el esfuerzo burgués se centrará sobre todo en mantener el control del Estado y no ser desplazado.

Ante el creciente impacto de la industrialización, el conflicto social pasó ya a definirse sobre todo en términos de los movimientos socializantes y de las nuevas contradicciones económicas. Como que el antiguo régimen señorial, los privilegios de estamento y los numerosos residuos feudales van desapareciendo rápidamente y han sido absolutamente desprestigiados por la labor crítica de los ilustrados, ésta deja de ser percibida como valiosa por los románticos y, por el contrario, se comienza a idealizar el período medieval o señorial (menos dominado por el dinero, menos hipócrita, más heroico).

Vemos pues que precisamente porque en gran medida la Ilustración ha logrado muchos de sus objetivos y porque el desarrollo tecnológico, económico y social ha hecho el resto, comienza a ser prescindible. Ya no se la ve como la punta de lanza del futuro y, en cambio, se percibe como un planteamiento demasiado rígido, abstracto, frío, meramente intelectual, utopista e ingenuamente atado a los conflictos del pasado.

Por eso, la Ilustración pasó a recibir críticas constantes por algunas de sus características, tales como confiar en exceso en el mito del progreso, privilegiar en exceso la razón y menospreciar lo sensible y pasional, dar más importancia a las ideas abstractas que no a la realidad concreta, valorar demasiado los derechos meramente formales y olvidarse de su aplicación efectiva o privilegiar en exceso la perspectiva burguesa.

Por otro lado los grupos sociales e intelectuales más vinculados a la Ilustración, como cierta burguesía media alta y los grupos culturales más alfabetizados, pasan a ser sustituidos por otros: cierta burguesía media baja y grupos más populares que se incorporan a la alta cultura, y que a menudo son más radicales y socializadores; además de otros nobiliarios que no acababan de simpatizar con la Ilustración y que se sienten más cómodos con el romanticismo.

Asombrosamente, los ilustrados que en general eran tan críticos con la metafísica, ven como ahora se les critica y menosprecia desde nuevas propuestas metafísicas y aspiraciones a un absoluto que se pretende más vital y místico. La aparición de nuevas filosofías sistemáticas y metafísicas como el idealismo alemán, no puede sino sorprender completamente a los últimos ilustrados clásicos (como el viejo Kant). Algo semejante tiene lugar con el vital, sentimental y poético romanticismo (de Byron a Leopardi), con “pesimismos” muy críticos con la razón (el viejo Schelling y Schopenhauer) o las

nuevas religiosidades posilustradas (el alemán Schleiermacher y el danés Kierkegaard).

Finalmente, la “humanidad” tan sacralizada por muchos ilustrados comienza a ser disgregada y objetualizada por las ciencias humanas y sociales. Y eso a pesar de que muchas de estas se inician en plena Ilustración, como la economía política, la sociología, la incipiente lingüística, la antropología, y que otras como la política o la historia han sido cambiadas de una manera profundamente radical. En definitiva, nada ya volverá a ser como antes de la Ilustración, pero cada vez más tampoco exactamente como durante la Ilustración del siglo XVIII.

Bibliografia

- **Alcoberro, R.** (1992) *La filosofía de la Il·lustració*, Barcelona: Barcanova.
- **Barzun, J.** (2002) *Del amanecer a la decadencia. 500 años de vida cultural en Occidente (de 1500 a nuestros días)*, Madrid: Taurus.
- **Burke, P.** (2002) *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*, Barcelona: Paidós.
- **Cassirer, E.** (1943) *La filosofía de la Ilustración*, México: F.C.E.
- **Chartier, R.** (1995) *Espacio público, crítica y desacralitzación en el siglo XVIII*, Barcelona: Gedisa.
- **Fontana, J.** (2000) *La història dels homes*, Barcelona: Crítica.
- **Foucault, M.** (1968) *Las palabras y las cosas*, México: Siglo XXI.
- **Foucault, M.** (1982) *Vigilar y castigar*, Madrid: Siglo XXI.
- **Foucault, M.** (2003) *Sobre la Ilustración*, Madrid: Tecnos.
- **Gusdorf, G.** *Les sciences humaines et la pensée occidentale*, París: Payot. (1971) Vol. IV *Les principes de la pensée au siècle des Lumières*. (1972) Vol. V *Dieu, la nature, l'homme au siècle des Lumières*. (1973) Vol. VI *L'avènement des sciences humaines au siècle des Lumières*.

- **Habermas, J.** (1989) *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid: Taurus.
- **Hauser, A.** (1976) *Historia social de la literatura y del arte*, 2 vuelo., Madrid: Guadarrama.
- **Hazard, P.** (1941) *La crisis de la conciencia europea*, Madrid: Pegaso.
- **Hazard, P.** (1985) *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid: Alianza.
- **Hegel, G.W.F.** (1981) *Lecciones sobre historia de la filosofía*, México: F.C.E.
- **Horkheimer, M.; Adorno Th.W.** (1998) *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid: Trotta.
- **Leon, V.** (ed.) (1989) *La Europa ilustrada*, Madrid: Istmo.
- **Mann, M.** *Las fuentes del poder social*, Madrid: Alianza. (1991) Vol. I. (1997) Vol. II.
- **Mayos, G.** www.ub.edu/histofilosofia/gmayos
- **Mayos, G.** (2004) *Ilustración y Romanticismo. Introducción a la polémica entre Kant y Herder*, Barcelona: Herder.
- **Mayos, G.** (2004) “Revoluciones filosóficas en años críticos” en *Revista de Occidente*, Madrid, n°. 282, monográfico “Pensar en alemán hoy. Vuelve la Ilustración”, noviembre de 2004.
- **Mornet, D.** (1977) *La pensée française au XVIIIè siècle*, París: A.Colin.
- **Plebe, A.** (1971) *Qué es verdaderamente la Ilustración*, Madrid: Doncel.
- **Pomeau, R.** (1988) *La Europa de las Luces*, México: F.C.E.
- **Rolf E. Reichardt** (2002) *La revolución francesa y la cultura democrática. La sangre de la libertad*, Madrid: Siglo XXI.
- **Sennett, R.** (1978) *El declive del hombre público*, Barcelona: Península.

- **Sloterdijk, P.** (1989) *Crítica de la razón cínica*, 2 Vol., Madrid: Taurus.
- **Starobinski, J.** (1971) *Jean-Jacques Rousseau. La transparencia y el obstáculo*, Madrid: Taurus.
- **Venturi, F.** (1980) *Los orígenes de la Enciclopedia*, Barcelona: Crítica.
- **Vidal, G.** (2004) *La invención de una nación. Washington, Adams y Jefferson*, Barcelona: Anagrama.
- **Vovelle, M.** (ed.) (1995) *El hombre de la Ilustración*, Madrid: Alianza.
- **Trías, E.** (1994) *La edad del espíritu*, Barcelona: Destino.
- **Villacañás, J.L.** (1988) *La quiebra de la razón ilustrada. Idealismo y Romanticismo*, Madrid: Cincel.
- **Wéber, M.** (1984) *Ensayos sobre sociología de la religión*, Vol. I, Madrid: Taurus.

